



IDEP

Escuelas no: ¡Colegios!

Lisandro Duque Naranjo



**Escuelas no:
¡Colegios!**

Escuelas no: ¡Colegios!

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

EDUCACIÓN

Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico - IDEP

© Autor Lisandro Duque Naranjo

© IDEP

Directora General	Nancy Martínez Álvarez
Subdirector Académico	Paulo Alberto Molina Bolívar
Subdirector Administrativo y Financiero	Carlos Andrés Prieto Olarte
Asesor de Dirección	Fernando Antonio Rincón Trujillo
Coordinadora Editorial	Diana María Prada Romero
Editor	Manuel Francisco Caicedo Ruiz

Libro ISBN
Primera edición

978-958-8780-01-6
Año 2012

Fotografías portada y páginas interiores

Archivo SED y Juan Pablo Duarte

Diseño y diagramación
Impresión

Editorial Jotamar Ltda.
Subdirección Imprenta Distrital - DDDI

Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, IDEP

Av. Dorado No. 66 - 63, piso 1 y 3

Tels.: (571) 324 1267 / 68 - 324 1000, exts. 9001 - 9012

Bogotá, D.C. Colombia

www.idep.edu.co - idep@idep.edu.co

Este libro se podrá reproducir y traducir total y parcialmente siempre que
se indique la fuente y no se utilice para fines lucrativos.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO UNO

Se contentan con poco	13
“¿Escuelas? ¡Qué cuento, éstos son Colegios!”	18

CAPÍTULO DOS

Una Alianza invencible: Secretaría de Educación Distrital y Universidad Nacional	21
---	----

CAPÍTULO TRES

¿Cómo hacemos para subir los pupitres al segundo piso?	25
“Aparición Arquitectónica”	26
“!Oiga, hermano: ¿será que nos van a ganar los del “Gran Estación” que comenzaron después?!”	28
En las entrañas del monstruo	29
Pupitres a la medida	31

CAPÍTULO CUATRO

Color por donde se mire	32
¡Qué sobradezi	35
Unos meses después...	38
Necesidad de la nostalgia	40

CAPÍTULO CINCO

El estudiante que no quería ganar el año	41
Los de bachillerato también comen	42

CAPÍTULO SEIS

Desayunos y almuerzos de verdad	45
Todo iba a pedir de boca	46
Vuelve y juega la Universidad Nacional	46
Chefs a bordo	47
Se empieza a dar la talla	48
Un almuerzo de trabajo	49
Madre en la cocina	49

CAPÍTULO SIETE

Gratuidad total	53
-----------------------	----

CAPÍTULO OCHO

Niños que se la pasan en las nubes	56
No se bajen de esa nube	57

CAPÍTULO NUEVE

Toga y Birrete	58
Espíritu de cuerpo	58

CAPÍTULO DIEZ

Sinopsis biográfica de los personajes en que se inspiran los nombres de los nuevos colegios distritales	60
--	----

PRESENTACIÓN

Evaluar la política pública en educación, y en general en materia social, presupone un ejercicio complejo y objetivo, basado en datos estadísticos, modelos matemáticos y econométricos, definición de variables correlacionadas con alto rigor conceptual y metodológico, previa la definición de modelos teóricos desde los cuales abordar el ejercicio. Su propósito, más allá del interés académico, pretende proporcionar información importante para la toma futura de decisiones, orientadas a mantener políticas de alto impacto, a modificarlas y ajustarlas, o, definitivamente, a dejarlas de lado.

Alcanzar una aproximación de tipo periodístico, específicamente mediante el uso de la crónica, como una manera *sui generis* de evaluar el impacto del desarrollo de la política educativa en Bogotá durante los últimos años, es un reto y un compromiso. Supone una amplia experiencia y capacidad de expresar, a partir de relatos obtenidos directamente de los beneficiarios de estos programas, cómo la decidida intervención del Estado hace posible mejorar la vida de amplios sectores sociales, que de otra manera no lo podrían lograr.

Optar por la modalidad narrativa de contar historias, usualmente asociada a la fantasía y la ficción, se constituye en una forma natural y apropiada para mostrar el impacto de los programas sociales que han incidido significativamente en comunidades, familias y especialmente en la vida de niños, niñas y jóvenes de Bogotá.

Es claro que el propósito aquí es otro. Mientras las evaluaciones formales y rigurosas, y dirigidas a lectores altamente calificados, buscan aportar indicadores, resultados y recomendaciones, que se divultan y comunican entre técnicos y directivos responsables de materializar las políticas sociales, el relato periodístico documentado pretende socializar los resultados efectivos de los programas, a partir de la experiencia directa en un lugar, un tiempo y con grupos sociales específicos. Esta modalidad expresa la manera como las intervenciones del Estado mejoran de manera sustancial las condiciones de vida de la población que más lo necesita.

Es evidente que este tipo de aproximación y análisis de los resultados e impactos de los programas sociales, además de generar opinión sobre la inversión de los gobiernos, también permite la comprensión de los problemas que más nos agobian. Mientras que las cifras estadísticas se aprecian frías y contundentes, los relatos de los protagonistas y sujetos a quienes están dirigidos estos programas se caracterizan por la sensibilidad, la calidez y la sinceridad humana. Reconocer en la cotidianidad las angustias, las alegrías y la capacidad de comprensión de las dificultades propias de las intervenciones físicas constructivas, solo se logra valorar a partir de la emoción, expresada en los testimonios de quienes viven esta clase de experiencias.

Por estas razones, tener la posibilidad de contar con un libro como Escuelas no: ¡Colegios!, escrito por la fina pluma del maestro Lisandro Duque, es de un valor singular. El texto, que surge del interés de comprender el impacto a corto, mediano y largo plazo de uno de los proyectos más complejos y de una gran inversión en Bogotá, muestra un semblante de la transformación del espacio público y de la garantía del derecho a la educación para varias generaciones. Evidencia que la ciudad avanza, configurando hitos urbanos y sociales, reconocidos por la sociología urbana, la antropología cultural y ahora por la administración pública y la ciudadanía en general. Queda demostrado que el mobiliario urbano, además de transformar el entorno, también modifica la manera de habitar la ciudad, de apropiarse de ella, de ejercer la ciudadanía y vivir los derechos, de valorar y disfrutar los bienes y servicios públicos, sin que medie otra condición que la de ser hombres, mujeres, niños y niñas de la ciudad, del país, del mundo.

El maestro Lisandro Duque presenta una a una sus anécdotas, y de una de ellas toma el nombre del libro, logrando identificar diversos sentidos explicativos, matizados por la emoción y el afecto, sobre las intervenciones del Estado en las comunidades consultadas. En el libro Escuelas no: ¡Colegios!, el autor describe la más completa radiografía social de los beneficiarios de la política de cobertura y gratuidad de la educación pública en el Distrito Capital. Usa la crónica como forma narrativa de aproximarse a la vivencia de muchas comunidades educativas, en las cuales se vivió la transformación de su entorno y de su cotidianidad, ya que ahora cuentan con colegios que superan ampliamente el tamaño de los que por décadas habían utilizado, y cuyas especificaciones de diseño los hacen espacios verdaderamente dignos para la vida y el aprendizaje.

Por esta razón, para el IDEP publicar esta crónica, en la que se reconocen los sentimientos de los estudiantes, de las comunidades y los profesores, que ven así garantizado el derecho a la educación y el disfrute de una infraestructura moderna y segura, es contribuir para que los sucesivos gobiernos continúen implementando programas y proyectos que permitan la transformación del entorno material y el mejoramiento de la calidad de vida de los niños, niñas, jóvenes y sus familias.

La lectura del libro Escuelas no: ¡Colegios! permite afirmar que los programas de inversión, especialmente los de construcción de colegios nuevos y el reforzamiento y mejoramiento de los existentes, es de tal impacto en la vida de las comunidades y en el avance del mejoramiento de la calidad de la educación, que deben estar ubicados en un lugar prioritario en la agenda de las responsabilidades de los gobiernos. Este debe ser un compromiso ineludible e improrrogable.

Finalmente, el libro del maestro Duque, además de contribuir con el reconocimiento de los avances en la ciudad en materia educativa, es una fuente de información alternativa y valiosa en relación con las múltiples variables que inciden en el desarrollo de la política social de Bogotá.

Nancy Martínez Álvarez
Directora General IDEP

INTRODUCCIÓN

Algún día del año 2009 viajé en avión de Bogotá hacia Cali. El cielo de la capital estaba despejado y, mirando hacia abajo –como acostumbro hacerlo desde la ventanilla cada que vuelo– descubrí entre los peladeros del extremo sur de la ciudad varias construcciones monumentales que en vuelos anteriores eran inexistentes. No supe de qué se trataba y quedé, por lo tanto, picado por la curiosidad. Fábricas no podían ser, porque carecían de chimeneas.

Y si ya su tamaño bastaba para impactarme, ni se diga el hecho de que se tratara de apariciones repentina –mas no improvisadas– que dignificaban ese paisaje ancestralmente lleno de tugurios o edificaciones modestas.

Pocos días después, ya reintegrado a mis rutinas, recibí una llamada que empezó a despejarme aquella incógnita. Las casualidades providenciales, por fortuna, definitivamente sí existen: del otro lado del teléfono estaba el psicólogo e investigador en temas educativos, Gonzalo Arcila Ramírez, quien me invitaba para que junto a los asesores de la Secretaría de Educación, la también psicóloga Lilia Ramos Arias y el líder del magisterio Isidoro León Céspedes, hiciéramos un recorrido por los nuevos colegios públicos construidos durante la gestión del Alcalde Lucho Garzón y su Secretario de Educación Abel Rodríguez Céspedes.

Obvio que jamás sospeché que las construcciones vistas desde aquel vuelo de hacía varias semanas, terminaran siendo las que se me aparecieron cuando las visité con los dos funcionarios que me acompañaron. La magnificencia no suele ser algo que intuya en construcciones escolares. Pero ya embarcado en parajes ariscos a los que se accede sólo en vehículos todo terreno, tuve la certeza de que esas arquitecturas súbitas eran colegios públicos y populares, recién construidos por una administración sensible ante las soluciones educativas largamente postergadas. Enviciado con el tema, visité después

varios de esos planteles, ya no sólo en el sur de la ciudad sino en todos sus puntos cardinales, y por parecerme injusto que los bogotanos ignoraran su existencia –no obstante favorecerlos tanto, pues le han elevado la calidad de vida a nuestra urbe–, me propuse escribir este libro que contiene una exhaustiva mirada sobre los mismos.

Agradezco la contribución prestada a este texto por el equipo de la Dirección de Construcciones Escolares de la SED, así como a la socióloga Martha Muñoz Vásquez, quien elaboró las fichas biográficas de los personajes con cuyos nombres se bautizaron los nuevos establecimientos. Por supuesto, incluyo entre quienes fueron estimulantes a la publicación de éstas crónicas, a la doctora Nancy Martínez, directora del IDEP, y a su antecesor, el doctor Olmedo Vargas Hernández. A todos, sumo la gratitud debida al magisterio bogotano, a los escolares, padres de familia, rectores, arquitectos, nutricionistas, cocineras y demás personas sin cuyas respuestas a mis curiosidades éste documento hubiera sido imposible.

CAPÍTULO UNO

Se contentan con poco

El arquitecto Carlos Benavides Suescún, egresado de la Universidad Nacional, trabaja en la Secretaría de Educación de Bogotá desde 1985. Al comienzo se desempeñaba en el área, que él llama “modesta”, de “Locativas y Mantenimiento de la Escuela Pública”. Hoy, ejerce desde la “Dirección de Construcciones y Conservación de Establecimientos Educativos”.

Me cuenta el arquitecto Benavides que en 1987, a una modesta escuela distrital de “Potosí”, en Ciudad Bolívar, sembrada en una loma de tierra deleznable, le bastó un aguacero de no mucha intensidad para echarse a rodar hasta quedar sepultada por el derrumbe. Felizmente no había escolares ni profesores en ese momento. El alcalde de entonces, Julio César Sánchez, consideró de urgencia resarcir de esa pérdida a la comunidad, y lo nombró a él para que se ocupara de esa misión. Estando en el lugar, y mientras ordenaba a los analistas de suelos que buscaran un sitio que fuera consistente y plano para que la nueva escuela aguantara los embates del invierno, el arquitecto de esta historia se propuso diseñar algo de mayor tamaño y calidad que no se limitara a sustituir, sino que superara en todo al extinguido plantel. Su interés, pese a que se estaba ante una contingencia y a que los recursos carecían de holgura, era aparecerse con una solución digna.

Ese propósito, por lo ambicioso, requería de trasladar allí una buena cantidad de obreros, maquinaria, herramienta y materiales, lo que obligaba, como en cualquier construcción seria, a levantar primero un campamento donde se cumplieran tareas administrativas, se guarecieran de la intemperie los trabajadores y sirviera además para almacenar tanta utilería como exige una obra de las dimensiones propuestas.

Primero, un bulldozer emparejó la superficie irregular y luego todo ese personal se aplicó a trabajarle al galpón transitorio. La comunidad -incluyendo a los maestros que se habían quedado sin alumnos y que a causa de eso tendrían que pedir traslado-, los miraba y los consentía llevándoles limonada y patacones, y algunos hasta colaborándoles en una que otra tarea. El quinto día hábil, cuando ya empezaba a oscurecer, el campamento, de unos cuarenta metros cuadrados, rústico, de madera sin cepillar, techos de zinc, piso de tierra y ventanas chiquitas, estuvo al fin listo. Los constructores, entonces, se fueron, dejando allí un celador. Al día siguiente, por la mañana, regresarían a emprender la tarea principal, que calculaban duraría unos ocho meses.

Para sorpresa de quienes habían concluido ese modesto preámbulo de arquitectura efímera, cuando llegaron el día después a iniciar labores, encontraron el campamento adornado con serpentinas y a la población del barrio disponiendo sartenes y cortando carnes para una fritanga pantagruélica. Botellas de cerveza eran destapadas con una euforia que les hacía derramar por el suelo la espuma. Niños y adultos, con sus trajes de domingo –aunque era miércoles apenas-, mostraban ademanes de fiesta y abrazaban agradecidos al arquitecto, al ingeniero y al obrerismo completo. Sobre el bulldozer trepaban a los bebés y les tomaban fotos.

“¿Y esta fiesta qué?”, le preguntó el arquitecto Benavides a uno de sus maestros de obra, quién poniendo un gesto atónito no supo qué responderle. Los acabados de llegar especulaban entre sí sobre si acaso ese era el día del santo patrono de la localidad. Evidentemente trabajar resultaría imposible, pero iqué carajo!, ese chunchullo que humeaba en las parrillas, esas papas vaporosas nevadas de sal, ese guacamole espeso, ese ají cimarrón en cazuelas de barro, las empanadas que hacía burbujejar en grasa caliente esa señora allá, resultaban muy tentadores, de modo que tácitamente asumieron respetarles su verbena y devorar cuanto les ofrecieran, que tampoco porque se perdiera el primer día de trabajo la escuela iba a demorarse tanto. “Venga, hermano, le acepto esa agria”, dijo un obrero contento.

Antes de poder averiguar cuál era la causa del convite, los recién llegados vieron cómo los encargados del mismo suspendieron sus labores y se fueron instalando en círculo alrededor de ellos, muy formales, en plan como de ceremonia. Luego, dando un paso adelante, el presidente de la Junta de Acción Comunal de Potosí, don Tiberio Ortiz, levantó la mano

pidiendo “silencio por favor” y dijo: “Señores funcionarios de la Secretaría de Educación de Bogotá, señores arquitectos y trabajadores de esta obra: en mi condición de presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio Potosí de Ciudad Bolívar, y en nombre de la comunidad acá presente, quiero agradecerles la rapidez con que dieron por terminada esta nueva escuela que les dará albergue y educación a nuestros hijos...”

Luego de esa introducción, el orador se explayó en elogios a la sensibilidad social de la administración, invocó la importancia de formar a las nuevas generaciones que son el futuro de la patria y, en síntesis, desplegó el repertorio usual en este tipo de solemnidades, concluyendo su discurso con un hecho sorpresivo que consistió en pedir a la vicepresidenta de la junta, doña Josefina Alvarado, que hiciera sonar la campana nueva que los del barrio, mediante una colecta, habían comprado en una charrería de Soacha. Mientras el badajo del pequeño objeto repicaba, los asistentes proferían en voz alta sus agradecimientos y simultáneamente aplaudían a los homenajeados.

Éstos, desde el inicio del acto, se miraban entre sí con desconcierto. El más sorprendido era el arquitecto Benavides, quien ignoraba cómo se procedía en un caso como éste, tan equivocado como convencional. Tendría, por supuesto, que aclarar que ese galpón no era ninguna escuela, pero tranquilizándolos con la noticia de que la verdadera sería nueve veces más grande, de 360 metros cuadrados de construcción exactamente, con dos plantas, dotada con baterías sanitarias idóneas para una capacidad de 230 alumnos, con sala de profesores, despacho para el rector y un pequeño auditorio. Pero eso sí, advirtiendo que todavía faltaban unos meses para que estuviera lista, pues apenas ese día comenzarían a hacerla.

Lo intimidaba, sin embargo, desinflar la alegría causada por ese campamento, del que los habitantes del barrio pensaban que dotándolo con treinta pupitres, tres tableros y un pozo séptico para dos letrinas, quedaría completo para que sus hijos reanudaran su asistencia a clases.

“Se contentan con poco”, pensó el arquitecto, y trató de imaginarse cómo sería de exigua la escuela que fue tragada por la tierra para que a aquellas gentes esa enramada les pareciera un remplazo honorable. No, definitivamente no se sentía capaz de decepcionarlos ni de hacerles perder esa celebración, de modo que mientras se dirigía al centro del círculo

para responderle a don Tiberio, decidió admitir que sí, que en efecto en ese galpón comenzarían los niños a recibir clases, pero que sólo durante un tiempo, pues él y sus hombres –en ese preciso instante y tan pronto se acabara el ágape-, emprenderían la construcción de una escuela de verdad, como era su derecho. En ese momento, desplegaría los planos de la escuela aún inexistente, haciéndoles la descripción y traduciéndoles al cristiano el contenido de esos dibujos que de lo puro técnicos resultaban herméticos para los elementales vecinos. Y listo, como para salir del paso.

Pero al estar ya frente al auditorio silencioso, cayó en cuenta de lo absurdo de eso que pretendía ofrecer. Él era sólo un subalterno de la Secretaría, pero aunque fuera el propio titular del despacho estaba impedido para esa decisión, que aparte de demagógica no era funcional, pues acarrearía sobrecostos y alargaría el cronograma porque de todas maneras sería inevitable erigir otro campamento que sirviera para los fines del que ocuparían los escolares. Aparte de eso, la proximidad entre esa escuela de mentiras y el trajín que demandaba la hechura de la real, haría inclemente para alumnos y maestros el ruido de la albañilería, las mezcladoras de concreto, las sierras eléctricas, los sopletes y los martillazos, e insopportable para los obreros las travesuras de los muchachitos jugando a las escondidas o a las acrobacias por entre los andamios, o al fútbol, encima de las superficies de cemento recién echado. Bueno, y los riesgos de accidentes, cosa grave.

Valorando esos asuntos, ya siéndole inminente expresar algo ante la concurrencia, al arquitecto Benavides se le prendió el bombillo, y dijo, inspirado, levantando su botella de Bavaria a manera de brindis:

“Apreciados habitantes de Potosí: aceptamos esta sorpresa tan amable de ustedes, no como una fiesta de inauguración, sino como un acto de comienzo de obra. Pónganme cuidado y les cuento...”, e inició una por menorizada explicación del proyecto, con todo y exhibición de los planos. Los vecinos lo escucharon atentamente, pero su silencio, y las miradas y cuchicheos que se cruzaban entre unos y otros, ponían en evidencia un colectivo desencanto. Era gente acostumbrada a que las obras se las dejaran inconclusas o no se las iniciaran jamás. Cuando el arquitecto concluyó su discurso, hubo unos aplausos discretos, pero una señora, la misma de las empanadas, pidió la palabra levantando el cernidor que destilaba manteca y preguntó: “doctor, y en el caso de que fuera cierto lo

de la edificación, y no nos dejen eso en obra negra, ¿qué vamos a hacer con los pelados mientras la terminan?”

El arquitecto, aunque responder a eso no formaba parte de sus responsabilidades, le prometió gestionar ante sus jefes la reubicación transitoria –enfatizó harto ese adjetivo- de los niños en colegios cercanos.“¡Puras promesas..!”, dijo por allá un incrédulo.

No siendo su fuerte la astucia política, al arquitecto, sin embargo, se le ocurrió una solución poco ortodoxa con la que tranquilizó a todo el mundo: “Les propongo lo siguiente en vista de que todos piensan que la obra nueva se va a quedar empezada y de que la Secretaría no les va a cumplir con el traslado provisional –volvió a subrayar el término- de sus hijos a otros planteles: si en cualquiera de las dos cosas les fallamos, oíganme bien, si-en-cual-quiera-de-las-dos-co-sas-les-fa-lla-mos, quedan autorizados para tomarse el campamento y convertirlo en escuela. ¿Estamos?”

Esas palabras se saludaron con algarabía, acabándose el desánimo y reanudándose la comilona.

Por fortuna, y dentro del tiempo anunciado, la escuela prometida le fue entregada a la comunidad que para la ocasión, ya con Alcalde Mayor a bordo, botó la casa por la ventana con un agasajo mucho más generoso que el de cuando quisieron inaugurar el campamento. En cuanto a éste, lo destinaron para que funcionara la acción comunal, cuya sede anterior estaba muy achacosa.

Toda esta historia con final feliz, en los inicios del desempeño de su cargo, era en todo caso premonitoria de cuanto le esperaba a un profesional con ganas de ser eficiente. El arquitecto Benavides Suescún, apenas arrancando, se topó a boca de jarro con esa situación descorazonadora en la que a los habitantes de un humilde barrio, un pequeño campamento temporal les mereció el carácter de escuela permanente, y ya cuando les fue entregada la nueva, la propiamente dicha, más adecuada a las necesidades pero en todo caso insuficiente y modesta todavía, les pareció monumental. Y eso que la misma había sido una realización casi excepcional, de las pocas construidas en esos años, en una ciudad que desde mucho antes - y empeorando posteriormente - acusaba un crecimiento

incontrolable producto de los desplazamientos ancestrales de familias expulsadas del resto de la geografía nacional.

Faltaba, pues, voluntad de las distintas administraciones para asumir el tema de la educación con intrepidez y darle la voltereta. En 1999, sin embargo, durante la alcaldía de Enrique Peñalosa, se hizo el primer inventario de plantas físicas, lo que arrojó un inquietante 70% de construcciones públicas educativas en estado de vulnerabilidad si acaso ocurría un temblor de tierra. La gestión de este alcalde, además, significó la construcción de 25 colegios que se otorgaron en concesión a particulares.

El período inmediatamente posterior de Antanas Mockus, fue estéril en ese rubro, pues el alcalde de la “pedagogía” no invirtió un peso en infraestructura escolar.

“¿Escuelas? ¡Qué cuento, éstos son Colegios!”

Concluyo esta semblanza sobre el arquitecto Carlos Benavides Suescún, diciendo que sus empeños reflexivos y propuestas programáticas hubieran tenido sólo una parcial consecuencia –quedándose muchos de ellos en la mera ilusión,- de no ser porque en el año 2004 el voto popular convirtió a Lucho Garzón en Alcalde Mayor de Bogotá y éste nombró a Abel Rodríguez Céspedes como Secretario de Educación (de la ciudad). Sólo después de llegar al mando de la capital una persona sensible ante las exigencias de la modernidad, y a la Secretaría de Educación un veterano educador y guerrero de los derechos del magisterio y el alumnado popular, fue posible poner en marcha el programa Bogotá, una gran escuela 2004-2008.

Lucho Garzón y Abel Rodríguez rompieron las marcas históricas en gasto educativo, y le invirtieron un billón cien mil millones de pesos a la construcción de nuevos y reforzamiento de viejos edificios escolares en una extensión de un millón cien mil metros cuadrados, cifra que amerita subrayarse, al igual que estas otras: entre 2004 y 2009, siendo Secretario de Educación de Bogotá Abel Rodríguez Céspedes-, construyeron más planteles educativos que los edificados en Bogotá a lo largo de todo el siglo XX. Mientras en todo el mundo la proporción entre educación pública y educación privada ha sido del 80% para la primera y 20% para

Escuelas no: !Colegios!

la segunda, en Bogotá esa proporción era del 50% y el 50%, un “miti-miti” vergonzoso.



Colegio Pizarro Leongómez



Colegio Débora Arango



Colegio Porfirio Barba Jacob

Hoy, y como resultado del programa Bogotá, una gran escuela 2004-2008, esa relación es muy otra, como debía ser: 2.156 colegios privados atienden a 691.300 escolares, mientras 702 colegios públicos cuentan con 1.021.000 alumnos. El hecho de que en más sedes particulares haya menos estudiantes, y a menos sedes oficiales concurran el doble de alumnos, se debe a que las más recientes de estas últimas -246 ya funcionando de un total previsto de 286-, constituyen un hito arquitectónico de rango monumental, en su estética, tamaño y funcionalidad.

Habrán notado los lectores que de repente pasé de la palabra “escuela” al término “Colegio”. Es, obviamente, porque aunque la primera nunca debiera perder su noble significado, de todas maneras una semántica clasista le dio una connotación de establecimiento precario para pobres, al revés del concepto que siempre le ha otorgado a los “Colegios”: planteles confortables para niños y jóvenes ricos o acomodados. Quizá por eso, cuando Lucho Garzón, siendo alcalde, vio los planos de las edificaciones que se erigirían durante su administración, dijo: “¿Escuelas? ¡Qué cuento, estos son Colegios!”.

CAPÍTULO DOS

Una Alianza invencible: Secretaría de Educación Distrital y Universidad Nacional

Lo mejor que le pudo haber pasado -en términos económicos, contractuales, arquitectónicos y urbanísticos-, al proyecto Bogotá, una gran escuela 2005-2008, es que la Secretaría de Educación de Bogotá para convertirlo en la realidad que es hoy, haya entrado en alianza con la Facultad de Artes de la Universidad Nacional, instancia a la que pertenece la Carrera de Arquitectura del Alma Máter.

De la complejidad de esa vasta tarea, se ocuparon 388 profesores de la Universidad Nacional., entre pedagogos, arquitectos, urbanistas, topógrafos, ingenieros civiles, ambientales y de sistemas, geólogos, administradores de empresas, trabajadores sociales, sicólogos, técnicos en seguridad industrial, economistas, contadores y abogados.

De haber faltado alguna de esas disciplinas, o haber funcionado cada cual por su cuenta, carentes de sinergia entre todas, se hubieran causado sobrecostos, conflictos con las localidades, pleitos ruinosos con el Distrito, imperfecciones en los acabados y tardanzas que tendrían a los escolares recibiendo todavía sus clases en escuelas achacosas, etc.

La consumación, en cambio -dentro de los tiempos calculados- de un programa de las magnitudes de Bogotá, una gran escuela 2005-2008, se debió a que, materializando los sueños de los maestros construidos a lo largo de su historia, la Universidad Nacional no solo aportó sus saberes académicos, bastante confiables, sino un “ethos” ancestral que induce a sus egresados a no poner por debajo de sus intereses los de la comunidad a la que prestan sus servicios.

De hecho, algunas veces, a lo largo de los preparativos para la construcción de los Megacolegios –adjudicados todos mediante concursos de méritos supervisados por la Sociedad Colombiana de Arquitectos-, se presentaron imprevistos que obligaron a reajustes de lo programado originalmente, y fueron los propios grupos de arquitectos quienes asumieron los déficits que esos virajes significaron. Un ejemplo: como desde el comienzo la idea fue no diseñar edificios repetitivos, seriales, sino adecuar los mismos a las características topográficas, urbanísticas y culturales de la localidad respectiva, en más de una ocasión ocurrió que el tamaño real del lote resultó ser más pequeño que la extensión que aparecía registrada en las escrituras.

Frente a este imponderable, la solución consistió en adecuar, sobre la marcha, una edificación que iba a ser de dos pisos, para convertirla en una de tres, sin alterar, por supuesto, el espíritu de la obra, ni suprimir elementos estructurales, o de funcionalidad, o de estética, antes más bien agregándoselos, no obstante el inevitable incremento de la inversión. A veces, fue preciso incurrir en transformaciones del subsuelo, por la sencilla razón de que las redes de acueducto coincidían con la zona prevista para los cimientos. La plata que se invierte ahí es mucha, y tiene el problema de que no se nota.

En algunos casos, si algún área estaba programada en el papel para el esparcimiento de los niños, pero coincidía en la superficie real con el espacio para el ingreso de los vehículos de los visitantes o los profesores, pues se hizo necesario hacer sótanos que sirvieran de parqueadero. También solía ocurrir que al terreno previsto se le atravesaba un litigio de propiedad con algún dueño particular de un pedazo de lote, situación que obligaba a un trabajo de persuasión para lograr la compra, con el consecuente peregrinaje por notarías hasta obtener el respectivo certificado de libertad.

Le pregunté al arquitecto Iván Correa -uno de los profesionales de la Universidad Nacional que cumplió un papel protagónico en el convenio entre ese centro educativo y la Secretaría de Educación de Bogotá-, sobre los mecanismos utilizados para evitar que ese sistema de contratación les fuera ruinoso a los responsables de las obras, y me dijo que, aunque insuficiente, la compensación consistió en flexibilizar la ejecución del presupuesto disminuyéndoselos en ventanería y carpintería, rubros corregibles a corto plazo y que en todo caso no tienen carácter estructural.

Al respecto, agrega el arquitecto Correa, hay una regla de oro que se enuncia así: “Si hay demora o mayores costos, pero la obra es buena, nadie protesta. Si no hay demora ni sobrecostos, pero la obra es mala, la vergüenza durará toda la vida”.

Los términos de referencia que le pusieron a los eventuales participantes en los concursos para la construcción de los Megacolegios, o para el reforzamiento o restauración de los planteles en mal estado, se inspiraron en ejemplos de la más respetable reputación a lo largo de la historia de la arquitectura escolar en Colombia durante el siglo XX.



Colegio Inem Francisco de Paula Santander

Conceptos como la luz, las áreas verdes, la interacción espacial entre los lugares de aprendizaje y las zonas lúdicas, el vínculo fluido entre lo pedagógico y lo comunitario, en síntesis, todo cuanto eduque la mirada, excite la imaginación y estimule una expresión corporal libérrima en los escolares, se extrajeron de una herencia cultural proveniente de la obra de grandes creadores de arquitectura escolar durante el siglo XX: Julio C. Vergara, Carlos Martínez, Fritz Kartzen, Leopoldo Rotter, Rogelio Salmona, etc..

El legado de estos memoriosos arquitectos, no sólo se utiliza como referencia en el libro Hábitat Escolar, más allá de la Infraestructura Escolar, de Carlos Benavides Suescún, publicado en 2007 bajo los auspicios de la Alcaldía Mayor de Bogotá (gobierno de Lucho Garzón), y de la SED, mientras se desempeñó como titular del cargo el doctor Abel Rodríguez Céspedes, sino que se enriqueció en la fuente ofrecida por el libro La Historia de la Arquitectura Escolar en Colombia, de Rafael Maldonado Tapias (fallecido en 2001). Maldonado Tapias –constructor, entre otros colegios, del gigantesco INEM de Kennedy-, fue maestro de Benavides Suescún y de Iván Correa en las aulas de la carrera de Arquitectura de la U.N., y en su obra analiza los momentos, afortunados unos y calamitosos otros, de la arquitectura escolar durante los gobiernos de López Pumarejo, Rojas Pinilla, y las alcaldías de Jorge Gaitán Cortés y Virgilio Barco, hasta la etapa infeliz en que se inició el reinado de las escuelas prefabricadas, “que durante los veranos eran hornos y durante los inviernos eran neveras”. De él aprendieron ambos lo suficiente como para concluir en este axioma que redondeó en su libro el arquitecto Benavides Suescún: “la calidad del habitat escolar y la calidad de la educación están indiscutiblemente ligadas”.

Como tuve el privilegio de ser amigo de Maldonado Tapias, recuerdo que, además de su agudo sentido del humor, tenía una mirada crítica respecto al desdén de las autoridades capitalinas de su momento por el rigor que demanda la arquitectura escolar. Una vez me contó que, habiendo quedado incompleta la partida presupuestal para una escuela del Distrito cuyo reforzamiento él dirigía, la respuesta que le escuchó al alto funcionario a quien le solicitó un reajuste presupuestal fue la siguiente: “Hombre, pues ahorre en los sanitarios. Y ponga letrinas, que la gente pobre está acostumbrada a hacer en eso sus necesidades”. Tampoco olvidó sus anécdotas sobre las condiciones acústicas de las paredes desecharables de las escuelas, de las que decía que eran tan deplorables, que los niños que recibían clase de matemáticas en un salón lo que escuchaban era la de geografía que se dictaba en el de enfrente. Bueno, y se le advertía la rabia al revelarnos a sus amigos cómo se inundaban las escuelas urbanas con las crecidas de los ríos, de qué manera los pelados sufrían el hacinamiento en establecimientos de pacotilla, acerca de los riesgos de electrocutarse que los asediaban por la proximidad de las redes de energía y de cuánta melancolía expresaban sus rostros a causa de las hambres con que llegaban a estudiar sin haberse desayunado, para luego regresar a sus casas donde no encontrarían almuerzo, etc..

CAPÍTULO TRES

¿Cómo hacemos para subir los pupitres al segundo piso?

Cuando los escolares de cuarto grado de la escuela “Mochuelo Bajo”, de Ciudad Bolívar, vieron el nuevo edificio del Colegio “José Celestino Mutis”, que se inauguraría dentro de pocos días, preguntaron casi al unísono: ¿Y en eso tan grande cómo vamos a hacer para subir los pupitres al segundo piso?.

No se referían los pelados al hecho de que tuvieran que colaborar con el trasteo del establecimiento, desde la anterior sede, muy vetusta, a la que en breve iban a estrenar como alumnos. Lo que les preocupaba a esos niños, todos de la jornada mañanera, tan pronto vieron los enormes corredores y las distancias a cubrir entre la primera y la segunda planta de la monumental edificación, era que allí también les tocara hacer lo mismo que, para remediar la escasez de mobiliario, llevaban un año cumpliendo diariamente como una penitencia en la escuelita próxima a dejar abandonada: echándose cada uno al hombro, y repitiendo dos veces el tramo entre el primero y el segundo piso, el pupitre y el taburete que los alumnos de la jornada de la tarde, el día anterior, habían tenido que cargar en dirección contraria. Si se tratara de escoger, el pesado trájín a que estaban acostumbrados parecía resultarles más soportable en el humilde plantel de trescientos metros cuadrados de área, y no en semejante monstruo de diez y siete mil metros cuadrados al que comenzarían a concurrir dentro de quince días.

Aquella aparición arquitectónica, aunque amenazaba aumentarles esa distancia tortuosa que ya les quitaba las ganas de estudiar cuando el trayecto era corto, tuvo, sin embargo, un efecto deslumbrante en las miradas de aquellos párvulos. Nunca habían visto – o quizás sí, pero de lejos, de pasada, en lugares ajenos a sus vidas, para disfrute de otras gentes y en actividades que nada tenían que ver con la educación -, ventanales tan

iluminados, ni escaleras de aquella anchura, ni rampas por doquier para que los de sillas de ruedas no tuvieran que trepar cada peldaño con la ayuda de alguien, o solitariamente, haciendo un demorado despliegue de músculos y acrobacias, como si se tratara de andinistas que deben coronar un pico, ni paredes de una perspectiva que no permitía abarcar toda su longitud con la vista, ni canchas de basquetbol de un piso azul, rayas blancas reglamentarias y canastas relucientes ante las cuales les intimidó, por considerarlo una profanación, la idea de encestar un balón, etc. “!Todo esto es de ustedes!”, le dijo la rectora Edelmira Rojas de Niño por un altavoz a esa incrédula muchachada que concurrió allí acompañada por padres y madres de familia de la localidad 19 de Ciudad Bolívar. Además iban profesores y profesoras, que para ellos también era el estreno.

El estupor colectivo no permitió que la algarabía fuera unánime, pues muchos de los beneficiarios desconfiaban de que fuera cierta tanta belleza, o de que la misma fuera para ellos, aunque ahí estaba al frente, tozuda, impecable y provocadora. Harto les había enseñado la vida a no creer en minas con tanto oro, de modo que asimilar lo que se les entregaba les iba a llevar un tiempo.

“Aparición Arquitectónica”

Durante seis meses previos a esa ceremonia en el “José Celestino Mutis”, y a lo largo del semestre posterior a la misma, la Secretaría de Educación de Bogotá les entregó 40 Megacolegios listos para estrenar, a las diez localidades más pobres de la capital, y tanto a éstas como a las restantes (son 20 localidades en total), 246 planteles –ya existentes-, reforzados en su estructura, ampliados en su capacidad y estéticamente mejorados, lo que implicó, en éstos últimos, y en la mayoría de los casos, prácticamente tumbarlos del todo y hacerlos otra vez, salvo aquellos que por significar un patrimonio cultural de la ciudad merecieron una rigurosa restauración.

Cuando hablo de “aparición arquitectónica”, no estoy queriendo decir que los colegios de gran formato se construyeran con sigilo a efecto de sorprender a cada comunidad con una especie de revelación súbita de su existencia. Eso hubiera sido de un mesianismo repelente. En realidad, los habitantes y escolares de cada barrio estuvieron siempre al tanto del proceso de construcción de los edificios, que desde luego se levantaban a

la vista de todos sin perturbar las clases, pues para las mismas se hicieron, en lotes adyacentes, galpones provisionales y aulas prefabricadas, aparte de que la comunidad y los propios maestros concertaron rotación en los tiempos académicos para evitar decirles a los padres de familia que se llevaran a sus hijos y volvieran con ellos cuando las obras estuvieran concluidas.

Aún así, edificaciones de esas magnitudes, cuando se les quitan los andamios y las mallas de protección, suscitan un sentimiento similar al de las esculturas memorables cuando se les retira el velo que las tapa y provocan en los espectadores la emoción de lo recién descubierto.

El hecho no está exento de algo casi esotérico. El académico e investigador Gonzalo Arcila Ramírez, citando al sociólogo marxista Pierre Bourdieu, reconoce “la magia de (algunos) procesos sociales” implícita en el inédito y ambicioso tratamiento que para la educación en la capital de la república ha significado el programa Bogotá, una gran escuela 2005-2008. No en vano el ahora ex Secretario de Educación, Abel Rodríguez Céspedes -el hombre que le despegó la aguja a estas realizaciones entre 2005 y 2009-, cuando fue constituyente en el 91, se fajó a fondo contra todas la resistencias de los políticos de ese momento, y los de mucho antes y después, para que la nueva Constitución le diera a la educación pública el énfasis que quizás solo había alcanzado en los tiempos de la “Revolución en Marcha” de López Pumarejo, cuando se construyó la Ciudad Universitaria y el presupuesto de inversión para aulas escolares de alta calidad fue tan cuantioso que, como lo dice el arquitecto Iván Correa, “prácticamente le permitió al país salir de lo feudal e iniciar su inserción en la modernidad”.

Sin embargo, al representante del magisterio se le postergaría su sueño más de lo que ilusoriamente se imaginó, porque el mismo gobierno que convocó la Constituyente –el del Presidente Cesar Gaviria-, se aplicó con un empeño digno de mejor causa –de lo que se arrepentiría cuando ya para qué: durante su larga presidencia-, a desarrollar una política de apertura en todos los frentes de la economía. Esa praxis neoliberal se extendió como un hongo al campo educativo, y significó que pulularan como arroz las universidades y los colegios privados. La opinión les puso el nombre merecido a esos establecimientos levantados a la carrera no tanto para impartir enseñanza rigurosa, como para que se lucraran im-

provisados “educadores” que en realidad eran apenas empresarios del conocimiento: “colegios de garaje”, “universidades de garaje”.

A causa de eso, la siembra política del 91, en su ambiciosa pretensión de una educación pública de alta calidad, apenas vino a retoñar catorce años después, cuando esa “magia” de que habla Bourdieu, permitió que el otrora constituyente llegara a la Secretaría de Educación de Bogotá ante el hecho inesperado de que una fuerza política –El Polo- obtuviera por votación popular la Alcaldía Mayor de la ciudad en cabeza de Lucho Garzón.

“!Oiga, hermano: ¿será que nos van a ganar los del “Gran Estación” que comenzaron después?!”

Había que trabajar rápido, porque en este país nunca se sabe qué puede pasar. De la celeridad, entonces, que se le imprimió a erigir esas 286 edificaciones –las nuevas, las reforzadas y las reconstruidas casi comenzadas otra vez de cero-, habla muy gráficamente la impaciencia de Abel Rodríguez cuando, viendo desde la ventana de su despacho de la Secretaría de Educación, en la Avenida Eldorado, que el centro comercial “Gran Estación” echaba para arriba, acercándose al final de su construcción, agarraba el teléfono y llamando al Subsecretario Administrativo, Ángel Pérez Martínez, le decía: “!Oiga, hermano, ¿será que nos van a ganar los del “Gran Estación” que comenzaron después?!”.

Urgido de resultados, un día Abel Rodríguez invitó a Ángel Pérez a visitar uno de los colegios en vísperas de concluirse. Una hora después, estaban embolatados en esas laderas ariscas de Ciudad Bolívar, y deteniendo el vehículo le preguntaron a la primera persona que se les cruzó: “¿nos puede, por favor, decir en dónde encontramos un colegio que están construyendo por aquí?”. La respuesta del hombre fue esta: “denme más datos, señores, porque los colegios en obra por estos lados son bastantes”.

Esa fiebre constructora de colegios, sin embargo, no se hizo a la topa tolondra, a pesar de la enorme cantidad de planteles acometidos simultáneamente. En todos ellos, en efecto, se operó con un rigor extremo y un perfeccionismo que desdice, felizmente, del desgreño que es habitual

en el campo de las obras públicas en nuestro país, tanto en su planeación como en el manejo de los recursos. Aún así, este cronista, para evitarse exageraciones, ha preferido tasar en 280 el número de construcciones escolares del programa, excluyendo de la cifra varias que, al momento de escribir este texto –mediados del 2010–, apenas van por la mitad y algunas que han sufrido suspensión transitoria por razones técnicas corregibles a mediano plazo. Lo cierto es que nunca, a propósito de soluciones educativas –y menos en este caso que alude a estructuras descomunales para niños de estratos populares–, Bogotá se había dado el lujo de hablar de cantidad de colegios como si se tratara de unidades de penicilina.

En las entrañas del monstruo

Luego de ese primer panorama que el “José Celestino Mutis” brindaba desde afuera, la rectora Edelmira convidó a los presentes a que la siguieran en un recorrido por las entrañas de ese edificio promisorio. Por supuesto que los muchachos de cuarto grado de la jornada mañanera, saliéndose del disciplinado itinerario, echaron por su cuenta hacia los salones a ver cómo iba a ser la cuestión de los pupitres, pues ya habían intuido que quizás allí no tendrían que bajar y subir escaleras, cargándolos de un piso al siguiente, sino que a lo mejor ese trasteo solo tendrían que hacerlo entre un aula y la de enseguida. Más suave la cosa. La profesora Diana Castellanos se fue tras ellos, no apenas para cuidarlos, sino para resolver curiosidades propias que la acuciaban.

Una de las que despejó de pasada, apenas empezando a transitari por el amplio corredor, tuvo el poder de entusiasmarla quizás en mayor medida que el resto de hallazgos que le depararía esa caminata: fue el área marcada con la palabra “Baños”, que a su vez ofrecía dos espacios diferenciados para “Ellos” y “Ellas”. Abrió de prisa la puerta que daba acceso a las de su género, y desde el umbral descubrió seis inodoros sucesivos, ya instalados, a los que aún les faltaban las paredes para separar cada uno del siguiente, a efecto de garantizar la soledad absoluta de quien se sentara en esas tazas. Varios obreros, a los que les dio sus “buenos días”, trabajaban justo en eso, tomando medidas con un metro y trazando líneas a lápiz. Al fondo, vio arrumadas varias superficies metálicas con las que en breve se completaría el cerramiento de aquello. Uno de los obreros, con galertería morbosa, le dijo que al fondo del corredor, a la derecha, encontraría otro baño para profesores, ya terminado y disponi-

ble, por si acaso lo necesitaba. Diana se limitó a decirle: “Gracias, únicamente estoy mirando”. Y era cierto: en realidad estaba fascinada con ese baño, que le recordó el de un hotel lujoso en el que se había hospedado en Cartagena durante un congreso de Pedagogía, y que se había pagado con plata propia pues tratándose de la “Ciudad Heroica” quiso darse ese gusto. Al frente de los excusados, vio una hilera de seis lavamanos ni-quelados que uno de los hombres le dijo que eran “inteligentes”, de esos que sueltan el chorro de agua solo cuando quien los usa se instala frente a ellos. Los tubos emergían hacia arriba de una pared de azulejos con relieves y colores pastel. Eran delgados y sencillos, pero al describir una curva graciosa hacia abajo, producían una sensación como de Art Decó.

En la pared, para que las mujeres se hicieran sus retoques, se veían tres espejos de tamaño responsable. La profesora se dio por satisfecha con aquel recinto aséptico que le permitiría, junto a sus compañeras, cumplir con esos rituales de tertulia y confidencia que parecen ser, además de para lo que se inventaron, el motivo por el que las mujeres van al baño.

Se despidió de la clase obrera, y mientras avanzaba tratando de adivinar de dónde salían las voces de los niños bajo su custodia, que ya no se veían por el corredor, recordó que en la decrepita escuela de “Mochuelo Bajo” había un excusado nada más, y en muy mal estado, para 16 profesores de ambos sexos. Siendo muy asquienta ella, al igual que el resto de mujeres, frente al vicio masculino de dejar el borde de la taza mojado de amarillo, cada una de las maestras –eran seis en total- se las había ingeniado por su parte con otras tantas madres de alumnos, vecinas de la escuela, para que les permitieran usar los servicios de sus casas. Esa sección de baños del nuevo edificio fue quizás lo que, simplemente como ser humano, mayor interés le causaba a la profesora Diana cuando prefirió desertar del tour que encabezaba la rectora Edelmira del “José Celestino Mutis” e irse más bien a la retaguardia de los alumnos apremiados por el tema de los pupitres.

Obvio: su pulcritud corporal y su derecho a la privacidad se habían sentido vejados durante los largos meses en que, tanto ella como sus compañeras, debieron concurrir al desaseado cubículo de la vieja escuela, a veces, incluso, sometiéndose a pequeñas colas mixtas que constituyán una agresión a sus pudores.

Pupitres a la medida

La profesora llegó hasta el salón donde se encontraban los niños, quienes acosaban a dos obreros que con llaves inglesas no le daban abasto a la impaciente chiquillería apretándoles, aquí a unos y más allá a otros, tuercas a unos asientos y pupitres plegables para dejárselos a cada cual a la medida de su estatura. “Ergonómico” se le dice a ese mobiliario que ganó el “Lápiz de Acero” en la Feria del Mueble Escolar, y que por primera vez en Colombia se utiliza para establecimientos de educación pública. “¡Profe...！”, le dijo uno de los niños, muy acomodado ya en su puesto y con sus dos pies bamboleando hacia atrás y adelante: “imire: éste es el mío...！”. La profesora, en plan de broma, solivió uno de los pupitres para calcularle el peso, y le contestó al pelado: “Y miren, son livianos. No va a ser trabajoso cambiarlos de salón”, a lo que todos le respondieron, con suficiencia de dueños, algo así como “qué cuento, aquí no hay que llevar nada a ninguna parte. ¿No ve que todos los salones tienen pupitres?”. Ella abrió los ojos fingiendo un gesto de sorpresa y encimando un “ino puede ser...！”. En realidad el profesorado estaba en teoría al tanto de todo, incluso del confort de los baños, frente a los cuales, sin embargo, ella había sentido la compulsión de corroborar que lo prometido había resultado cierto. Hasta no ver, no creer.

CAPÍTULO CUATRO

Color por donde se mire

Luego, los niños le explicaron, muy empoderados del salón y sus muebles, lo que les habían escuchado a los dos obreros: que esos pupitres verde aceituna con gris, eran los de ellos, que tenían entre 9 y 12 años, que los del salón de enseguida eran de un amarillo tirando a ocre, por ser para los más sardinos, y que los del aula del frente, la de los grandotes, eran azules.

Tonos prudentes y sin fosforescencias, pues no se trataba de incurrir en cromatismos extenuantes y falsamente “populares”, por el estilo del que los estratos altos, creyéndose muy refinados, suelen atribuirle a los bajos como su único gusto posible: el “rosado Soacha”. Esa propuesta de colores diferenciales, según los cursos y las edades, tampoco respondió a ningún tipo de simbología, sino que se definió así por motivos lúdicos, esto es, para alegrar la vista. Y combinó a la perfección con cuanto todos los edificios muestran fuera del aula: las barandas plateadas, el terracota de los ladrillos, el azul metálico de las terrazas, la textura de las puertas de madera, el aluminio de las ventanas, los caprichosos golpes de sol en los espesos tragaluces de vidrio, etc. Y por supuesto, con las zonas verdes -que jaspean algunos patios interiores y diversos parajes de la periferia inmediata de cada colegio-, en las cuales se ha sembrado una naturaleza viva que revienta en los colores imprevisibles de las hortensias, las dalias, las violetas, los pensamientos, las margaritas, las uchuvas, las orquídeas sabaneras, etc.

El mantenimiento de esta flora de altiplano, bajo la tutoría de expertos del Jardín Botánico de Bogotá, corre en los planteles por cuenta de los maestros de ciencias naturales. Éstos, a su vez, les transmiten esos saberes a sus educandos, comprometiéndolos en el cuidado de los jardines, lo que enriquece su formación ampliándoles el horizonte semántico de la cultura: como cultivo de lo orgánico y natural, como vínculo con la tierra, y como disfrute de lo bello. A manera de complemento, cada aula tendrá el derecho a llevar por nombre, con la respectiva ilustración gráfica, una distinta entre las muchas plantas descubiertas por la Expedición Botánica. Por algo el Colegio se llama “José Celestino Mutis”.



Colegio OEA

Desde luego, los maestros del Distrito, o al menos la mayoría de ellos, ya se ingenian esas formas de pedagogía desde antes de que los nuevos Colegios existieran. Pero lo hacían en pequeñas huertas que limitaban el beneficio del esfuerzo a escasos grupos de estudiantes. Ahora es para todos.

Dos gurúes de la arquitectura y el urbanismo escolar en Bogotá –muy ligados a la concepción general de Bogotá, una gran Escuela 2005-2008-, los doctores Henry Talavera y Pedro Juan Jaramillo (ambos de la Universidad Nacional), conciben el aula escolar no como un espacio cerrado por cuatro paredes, sino como un ámbito de transición, un umbral, que debe desembocar en el resto del colegio, de igual manera a como éste debe articularse con el entorno urbanístico en el que habita la comunidad que se beneficia de él. Pues bien, ese criterio demostró no ser el enunciado de algo utópico, y la prueba, en lo que ataña al empleo del color, es que ya en los vecindarios de los Colegios “José Celestino Mutis” y “Antonio García” –ambos en la localidad de Ciudad Bolívar-, muchos residentes o dueños de casas han pintado sus fachadas con tonos que se inspiran en los de esas “apariciones” arquitectónicas.

La seducción estética ha sido espontánea. El paisaje barrial, en el que otrora se mimetizaban las casas con las canteras y los peladeros rocosos, ha adquirido una dignidad cromática. Y muchos domicilios particulares han dejado de ser simplemente valores de uso de puertas para adentro, para convertirse en áreas externas simbólicamente anexas a los colegios e involucradas visualmente con éstos.

Se pretende que esa prolongación de lo educativo en lo barrial, no se exprese sólo en los elementos de ornato, sino que derive en una influencia de lo pedagógico en lo doméstico, pues quienes son inquilinos por excelencia de los colegios son los niños que habitan en esas casas. Un escolar, por ejemplo, a quien en su plantel habitúen –como está ocurriendo sistemáticamente en estos colegios-, a arrojar los frascos reciclables en una caneca distinta a la que debe usar para deshacerse de los sobrantes orgánicos, y así sucesivamente, pasando por otras dos en las que, en una bota el papel y en otra lo no biodegradable, es muy probable que induzca esas prácticas cívicas y ambientales entre su familia. La carencia de recursos en su hogar, desde luego, quizás complique la adquisición de los respectivos recipientes para esas cuatro basuras disímiles, pero sin duda el ingenio se las arreglará, ya creada esa disciplina, para el rebusque de una solución.

La idea es que haya una simbiosis inédita, entre la casa y el colegio, entre la comunidad y la enseñanza, de consecuencias no calculadas aún, pero indudablemente alentadoras. Y en todo caso distintas a las de los tiempos en que las escuelas eran covachas innobles a las que los muchachos concurrían con desgano y los profesores con resignación apostólica, razón por la cual ningunos de ellos encontraba deseable que sus hogares se les parecieran.

Estos nuevos colegios cuentan también con dispositivos ambientales más complejos –instalaciones, por ejemplo, para reutilización de aguas lluvias y para sostenibilidad de luz solar-, no factibles de reproducirse en casa, desde luego, pero no por ello menos urgentes en el proceso de sensibilización de los estudiantes, a manera de refuerzo pedagógico, para que sean sujetos responsables y activos frente a uno de los grandes desafíos de la época y el planeta en los que les correspondió vivir: la austeridad en los consumos energéticos para evitar los efectos devastadores del calentamiento global.

La profesora Diana Castellanos esperó hasta que cada uno de los pe-lados –eran unos treinta- le diera el visto bueno a la altura de su asiento con relación a la de su pupitre, o viceversa. Unos querían que los pies les quedaran al aire al sentarse, para sentirse más altos que los de al lado, y éstos insistían en que se les bajara el asiento, para que sus zapatos estuvieran a ras del piso. Los dos obreros, muy pacientes y aunque con ganas de escapársele a esas treinta y caprichosas ergonomías, no se dieron por vencidos ante la exigente clientela hasta que por fin la dejaron satisfecha. No importaba que ese salón y esos pupitres, cuando se inaugurara oficialmente el “José Celestino Mutis”, dentro de quince días, fueran a ser para muchachos distintos a los que los habían hecho sudar tanto haciéndoles ajustar ese mobiliario a su altura, a su robustez, o simplemente a su antojo. Pero nada más que para verlos tan eufóricos, había valido la pena darles esa muestra gratis, después de lo cual se volaron con sus herramientas no fuera que a última hora a alguno le diera por pedirles otra adecuación.

¡Qué sobradezi

Los niños, como si fueran a empezar a recibir clases de una vez, acomodaron los pupitres en los mismos lugares en que cada cual tenía el suyo en la escuela de “Mochuelo Bajo”. Por supuesto, a todos les quedaron atrás, adelante, y a lado y lado, los compañeros de siempre. La profesora Diana los dejó libres en ese trajín, y advirtió algo que no pudo menos que conmoverla: que quedó sobrando más de medio salón, tanto a los lados como en la parte de atrás de la última hilera, porque los treinta pupitres fueron puestos muy pegados el uno al otro, y la primera fila de ellos a poco menos de un metro del tablero. Apenas obvio: no acostumbrados los niños a disponer de tanta holgura, pensaban que allí la distribución del espacio iba a ser igual que en la escuela que pronto formaría parte de una era geológica anterior. En “Mochuelo Bajo”, en efecto, y como textualmente me lo dijo la profesora Diana, “las aulas eran de 24 metros cuadrados y para 36 estudiantes. Tocaba, entonces, quitarles el espaldar a los asientos para que cupieran los alumnos. Como los de adelante se recostaban en los pupitres de los de atrás, había mucha pelea entre ellos, sobre todo cuando alguno, por un movimiento brusco, le movía el pupitre al de su espalda, tirándosele en lo que estuviera dibujando o escribiendo. El hacinamiento era total. A los docentes, escasamente, nos quedaba un estrecho pasillo para movernos”.

De modo que es de imaginarse el gesto de aquellos niños cuando la profesora les dijo: “Jovencitos: esta aula tiene 48 metros cuadrados, y la de “Mochuelo Bajo” 24. ¿O sea que aquí disponemos de cuánto espacio más...?”

En un orfeón imperfecto, unos respondieron que “!24 metros, profesoraaaai”, otros que “!24 metros cuadrados profesoraaaai” y el resto que “¡el doble, profesoraaaai”.

“Pues entonces...” -les propuso-, “corran los pupitres y ocupen todo el salón. Aprovechen y sepárense. Aunque les advierto que cuando nos vengamos todos para acá, no necesariamente esta aula va a ser la de ustedes, ¿entendido?”

Sin importarles mucho esta última advertencia –porque probablemente ya tenían calculado que iban a pelearse el derecho a que ese salón fuera el definitivo, en fin de cuentas ellos lo habían descubierto y colonizado-, los muchachos cumplieron todos al tiempo la instrucción, provocando, al friccionar el mobiliario contra la baldosa, un ruido que le destempló los dientes a la profesora. Para definir el aspecto desahogado que cobró el recinto, mejor citar la interjección de uno de los pelados cuando todo estuvo en su sitio: “!Qué sobradez!” . Y como cada que hay cambios no dejan de presentarse problemas, otro niño, con aspecto de ser el más relajo de todos, mirando lo lejos que quedaban los pupitres unos de otros, y mientras se rascaba la cabeza, dijo algo que causó la hilaridad de sus compañeros y hasta la de la profesora Diana: “Lo que si estoy viendo como complicado es copiarle al vecino en los exámenes” .

Empezaban ya a verse las consecuencias de un concepto arquitectónico articulado no sólo con la enseñanza, sino con algo que es inherente a ella y respecto a lo cual el Estado siempre mostró displicencia: el bienestar. El proyecto Bogotá, una gran Escuela 2005-2008, se propuso, desde cuando apenas se estaba en la etapa de búsqueda de los lotes, que los colegios que se erigieran en ellos deberían proveer, como mínimo, seis metros cuadrados de construcción por cada concurrente habitual a los mismos, trátese de estudiantes, docentes y personal administrativo, a diferencia del infeliz metro cuadrado que el promedio de escuelas distritales le dispensaba a cada uno de sus usuarios permanentes, con lo que se generaban conflictos. En efecto, el apretujamiento en escuelas como “Mochuelo Bajo” y “Violetas” (ésta última en Usme, remplazada hoy por el Megacolegio “Gabriel García Márquez”), hacía que la lucha por el es-

pacio vital llegara a extremos dramáticos. Algunos profesores de Educación Física, por ejemplo, ante la escasez de canchas y lugares al aire libre, terminaban acaparando el único patio disponible, impidiéndoles el acceso al mismo a profesores y alumnos de cursos distintos a los de ellos. Una verdadera “marcación de territorio” más propia del ámbito salvaje que de la vida académica.



Ciencia y Tecnología en los colegios

En la escuela “Violetas”, pese a su nombre floral, constató la existencia de un baño para 30 docentes de ambos sexos. Y cinco letrinas para trescientos alumnos. En la rectoría, el reverbero para el tinto quedaba –y ahí sigue, a manera de reliquia de los malos tiempos-, al lado del archivador. Y encima de éste, quedaba el computador, en el que se precisaba trabajar de pie eludiendo los vapores de la olla del café.

No sólo son incomparables, pues, los Megacolegios distritales, con esas escuelas destortaladas que han pasado a formar parte de la prehistoria educativa de Bogotá, sino con la mayoría de colegios privados, incluidos los de “dedo parado”, y por supuesto con muchas universidades particulares que pese a sus ínfulas condenan a sus estudiantes a una modalidad de esparcimiento extramural, que ha terminado por tomarse los andenes del vecindario y depredando entornos que no les corresponden.



Colegio Divino Maestro

Unos meses después...

A la altura de éste agosto de 2010, mes en el que escribo este trabajo, ya están en pleno uso 243 establecimientos de los 286 previstos por el programa Bogotá, una gran Escuela 2005-2008. No necesito de mucho optimismo para suponer que, cuando este texto se encuentre disponible para los lectores, la totalidad de colegios proyectados estará concluida por completo. En el transcurso de esta escritura, le he hecho seguimiento a algunos planteles en los que la vocinglería escolar lleva ya su buen rato, y me he encontrado con un detalle, aparentemente trivial, que suscita mi atención y espero que la de quienes se interesan por analizar el impacto y los cambios que en las respectivas localidades ha generado la existencia de este nuevo concepto educativo que no se limita apenas a las arquitecturas descomunales, pero que sin ellas sería inconcebible.

Me refiero a que tanto las comunidades, como los propios alumnos, a dos colegios que visité, el “Antonio García” y el “Nicolás Buenaventura” – de Ciudad Bolívar aquél, y de la Localidad 11 de Suba éste-, los llaman “El Antonio” y “El Nicolás”, o “El Nico”, respectivamente. Es de suponer que el resto de los que se estrenaron, y a los que hubo que bautizar en homenaje a personalidades ejemplares de la cultura y la política, fallecidas o asesina-

das –verbigracia María Mercedes Carranza o Leonardo Posada-, también reciben de quienes son sus habituales un apodo querendón: “El Mechas”, “El Leo”, algo así...

Se percibe, en el empleo de los diminutivos o abreviaciones de los nombres de esos establecimientos, por parte de sus beneficiarios, una relación similar a la que provoca la Universidad Nacional frente a quienes, en forma confianzuda, la apodian “la Nacho”. Muy intimamente, y por haber tenido yo el privilegio de ser amigo del ingenioso pensador y pedagogo Nicolás Buenaventura, me causó regocijo descubrir que los niños y adolescentes que concurren al colegio que lleva su nombre, llaman a éste de igual manera a como tratábamos a quien lo inspiró los que lo conocimos en vida: “Nico”. Así le dijimos hasta el final de sus días, muy cercano a los 90 años.

También fui amigo de María Mercedes Carranza y de Leonardo Posada, y no deja de causarme turbación que personas difuntas, con las que compartí en vida parte de su cotidianidad, tengan ahora nombre de colegio. Con cada uno de los dos –que no tuvieron trato entre sí-, más de una vez me senté alrededor de un tinto a tocar temas triviales. Y de ninguno de ellos se me ocurrió pensar que fueran a tener un destino trágico, el suicidio para la poeta y el atentado personal en el caso del agitador político. Mas no es por esto que su memoria se exalta en establecimientos donde aprenden, se entretienen y meten ruido miles de niños, sino porque sus desenlaces aciagos fueron el costo que pagaron por sus batallas a favor de un país justo y sensible.

Desde luego es usual que el alumnado establezca esa ritualidad lingüística con su centro educativo: los de la Universidad Santo Tomás, llaman a ésta la “San Toto”, y los del Camilo Torres, un colegio oficial, le dicen “El Camilo”. Sin embargo, para que se produzca esa química afectuosa, es imprescindible que el plantel les resulte amable a sus matriculados. De modo que quizás a las escuelas “Mochuelo Bajo” y “Violetas”, sus exalumnos no les guarden una memoria agradecida y probablemente mientras concurrieron a ellas nunca las designaron con apelativos entrañables.

Necesidad de la nostalgia

Decía el poeta Rainer María Rilke, que “la patria del hombre es la infancia”. De igual manera, los egresados, o salidos a destiempo –la deserción escolar era enorme-, de establecimientos decrepitos y con metodologías derivadas de circunstancias locativas infelices, quedarán marcados de por vida con un concepto menguado de “patria”. Carecerán de esas nostalgias plácidas de infancia que inspiran las buenas respuestas a las exigencias de la vida adulta. En cambio, un proyecto educativo atento a la autoestima y a la calidad de vida de los niños y los jóvenes, ofrece más opciones de promover ciudadanos de excelencia.

CAPÍTULO CINCO

El estudiante que no quería ganar el año

Sospechosamente, muchos de los niños de entre 10 y 12 años del quinto grado de las escuelas distritales, durante los períodos escolares previos a 2004, disminuían su rendimiento en los estudios cuando se encontraban ya cercanos a la terminación del año lectivo. Podían haber sido muy aplicados, y obtenido magníficas calificaciones entre los meses de febrero y septiembre, pero ya ante la inminencia del último bimestre comenzaban a fallar en las tareas, como si no les importara perder el año y convertirse en repitentes.

Los docentes, por supuesto, barajaban hipótesis acerca de esa situación, y atribuían ese derrumbe del ánimo a la proximidad de los exámenes finales. Buscaban, entonces, correctivos a ese nerviosismo, hablando con los asustados muchachos y disminuyéndole gravedad a la última prueba, pero nada, esos alumnos seguían de para abajo arruinando sus excelentes promedios.

Una vez, sin embargo, el profesor Adonaí Feria se dedicó a indagar a fondo a uno de esos pelados que de repente se había vuelto díscolo, intentando motivarle un esfuerzo que le permitiera salvar su año y pasar, por fin, a primero de bachillerato, y lo que obtuvo de él fue una confidencia que lo dejó atónito y que el escolar expresó con un tono de impotencia: “Lo que pasa, profesor, es que si gano el año, cuando empiece el bachillerato no tendré derecho al refrigerio”.

Aquella confesión hecha por el escolar a su maestro, sirvió para intuir que tal vez él no fuera el único cuya desidia en el aula se originaba en la necesidad de que no se le embolatara el pan de cada día, quizás el único alimento posible para quien salía desde por la mañana de una casa en la que cualquier bocado era ilusorio. Puestos ya a investigar el asunto, los docentes y las autoridades educativas descubrieron algo conmovedor: que la cantidad de niños que preferían la cotidiana mogolla con jugo de “Tang” por encima de su interés de pasar al bachillerato, ascendía al 20%

de la población estudiantil en ese rango de edad. Demasiada infancia enfrentando ese dilema entre la inanición y el conocimiento, y decidiéndose por la sobrevivencia que le procuraba ese modesto refrigerio.

Los de bachillerato también comen

La dramática estadística se convirtió en elemento provocador para que el proyecto Bogotá: una gran Escuela 2004–2008, asumiera con celeridad el tema alimentario en los establecimientos educativos de la capital. Y diciendo y haciendo, al tiempo que se levantaban los nuevos edificios escolares, comenzó a extender progresivamente los beneficios de los refrigerios al alumnado del bachillerato. Apenas justo, aunque en Colombia eso no es lo habitual, que al concebir construcciones magníficas para alumnos en alto porcentaje pertenecientes a familias con dificultades de subsistencia, se considere necesario que éstos disfruten esos espacios a plenitud, lo que sería imposible con sus estómagos tronándoles a causa de esos ayunos bíblicos. En esas condiciones no hay arquitectura que valga, y cualquier estética material se vuelve ofensiva.

El hecho es que cuando se aumentó la comunidad escolar con derecho a su refrigerio, no hubo más pérdidas del quinto grado para evitarse las hambres que comenzaban del sexto en adelante. Decirlo en una frase es tirado, pero el proceso para dejar atrás la limitación en el suministro de esas “onces” avaras, y lograr, además, que comenzaran a ser gustosas al paladar de los muchachos, pero que también les fortaleciera los huesos, fue una gestión ardua que requirió de convocar, para que hicieran la intervención y el control a entidades rigurosas que se aplicaron a un preparativo minucioso.

Esas entidades fueron la Universidad Nacional de Colombia y el Instituto Nacional de Salud. Posteriormente, y por iniciativa de la Universidad Nacional, se sumó a ellas la Universidad de Harvard. Entre las tres, y mediante una labor concertada de profesionales de diversas disciplinas, se introdujeron conceptos como la “valoración sensorial”, por ejemplo, que obligaba a los fabricantes de refrigerios a tomar en cuenta que, además de los componentes nutricionales como el hierro, el calcio, etc., debían suministrar tortas esponjosas, yogures densos y con componentes frutales verdaderos, palitos que no simplemente “supieran” a queso, sino que “fueran” de queso, etc. Esas exigencias, desde luego, acarrearon protestas de los contratistas mal acostumbrados a empacarles a los niños bocados masivos y sin ninguna textura ni nutrientes.

Hasta huelga hicieron, pero los científicos se pararon en la raya y los sometieron finalmente no bajándoles la guardia a los más exhaustivos controles. El resultado es que se volvió prehistoria esa política de “darles tragadera” a los párvulos, como si se tratara de llenarle con chatarra el estómago a una pobrecía a la que ni siquiera se le encimaban las servilletas.

Hoy en día, la calidad de los alimentos arroja una importante disminución de la morbilidad escolar, han aumentado las tallas corporales de los educandos, se ha mermado la deserción en los planteles y se ha sofisticado el techo de las expectativas existenciales y profesionales de los niños y adolescentes. Las docenas de camiones, pues, que cada madrugada distribuyen los refrigerios por toda la geografía escolar de Bogotá, son un factor invaluable de calidad de vida, de mejora en el aprendizaje, de seguridad, y de distensión de los conflictos juveniles, familiares y sociales, lo que nos aproxima a la ciudad deseada por quienes la habitamos, incluidos entre éstos quienes ignoran la existencia de esta política educativa. El programa de refrigerios beneficia a 515.464 niños y jóvenes, la mitad de los que concurren a clases. Adicionalmente, otros ciento veinte mil se benefician, en 58 colegios, del proyecto de cocinas y comedores escolares. Veamos esto:



Colegio Fernando Mazuera



Comedor escolar Inem Santiago Pérez

CAPÍTULO SEIS

Desayunos y almuerzos de verdad

La Secretaría de Educación, ya metida en gastos, fue madurando un plan intrépido para desarrollarlo en los nuevos colegios. En éstos, el alimento no iba a ser con refrigerios sino con desayunos y almuerzos calientes. Así que, mediante un convenio con COMPENSAR, se embarcó en lo que al comienzo pareció una locura: montar enormes cocinas y espaciosos comedores. Que quede claro: “Comedores”, no restaurantes, pues aquellos tienen un significado familiar, mientras que éstos remiten a un concepto utilitarista e impersonal. El primer colegio que tuvo comedor y cocina, fue el “Rodrigo Lara Bonilla”. En este plantel, se construyó una cocina, modelo Hotel Radisson, con dotación para lavar y secar platos y demás trastos. Se le instalaron campanas extractoras y comenzaron a llegar ollas, marmitas y estufas, todo eso de tamaño heroico.

En julio de 2006, al inaugurarse el colegio “Leonardo Posada”, se decidió que los comedores también podrían servir como salones multi-funcionales para eventos culturales y deportivos. Al resto de colegios, cuya construcción iba por la mitad o estaba a punto de emprenderse, lo de hacerles una cocina no significó una adecuación tardía, sino que alcanzó a incluirseles en el diseño estructural de una vez.

Algunas voces discreparon de tanto confort preguntando insidiosamente si no iban a construirles también piscinas a los muchachos, a lo que Abel Rodríguez respondió: “ojalá alcanzara la plata para poner a los pelados a zambullirse”. Aunque la asignatura de natación queda pendiente, pues piscinas al final no hubo, el resto de logros terminó convirtiéndose en un fenómeno que hoy abarca a 58 colegios bogotanos, sienta a manteles a ciento veinte mil niños e instaló el aparato educativo de Bogotá a la cabeza de sus similares latinoamericanos en las “Metas Educativas del Milenio”.

Todo iba a pedir de boca

Ha habido muchas novedades desde cuando en los comedores comenzaron a ser atendidos 1800 alumnos diarios, la mitad de los cuales desayuna en la jornada mañanera y la otra mitad almuerza en la de la tarde, en tandas de a trescientos que fluyen sin que nadie los acose para que desocupen rápido las mesas, lo que no obstante garantiza que en dos horas ya el gran total de convidados haya tenido tiempo de entregar vacío el salón y hasta de pegarse una caminada digestiva para entrar sin empacho a las aulas a empezar clases.

El procedimiento consiste en servirles primero a los más grandes (aquellos de entre 10 y 17 años), que son los que más sentido del tiempo tienen a la hora de comer y que no por eso acaban sus platos a las volandas, y dejar para el segundo turno a los chiquitos, de quienes nos consta que en la mesa no van propiamente al grano y que entre un bocado y el siguiente aprovechan para mirar hacia el techo, zapotear el postre, tratar de eludir la sopa sin que nadie se dé cuenta y dedicarse a separar la cebolla del tomate en forma minuciosa.

En cuanto a las adolescentes lactantes y gestantes –cuyo embarazo en la mayoría de casos no es por relaciones con compañeros de estudio, un dato aleatorio pero interesante-, van al comedor en el turno que se les antoje, están eximidas de hacer cola y pueden repetir si lo desean. Igual preferencia reciben niños que, a criterio de los estamentos directivos y docentes, sufren un grado especial de vulnerabilidad, por su pobreza excesiva o por su condición de desplazados, casos en los cuales a los de la jornada mañanera no se les escatima ni el desayuno al entrar, ni el almuerzo a la hora de irse.

Vuelve y juega la Universidad Nacional

Hubo, sin embargo, un problema mientras avanzaba el ambicioso proyecto de ampliar la cobertura alimentaria escolar. Como se trataba era de servir platos amables y frescos, no de masificar en forma populista y cuartelaria la comida, una imprevisión encendió las alarmas sobre lo que hasta el momento se creía provechoso, y que aún estaba muy lejos de serlo: una mezcla no afortunada de salsas provocó en uno de los nuevos colegios una indigestión colectiva, que felizmente no obligó a hospitalizar a ningún pelado.

Bastó eso para que la administración distrital se decidiera a dar un audaz salto en procura de la calidad absoluta. Si lo satisfactorio había resultado insuficiente, pues a buscar entonces lo perfecto, sin reparar en costos ni trámites. Ahí fue donde la Secretaría de Educación acudió a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional a solicitar la intervención de su Departamento de Nutrición e Ingeniería de Alimentos. Este convenio se inició en junio de 2006.

Ya superado el ciclo de “retener niños, no nutrirlos”, un equipo de profesionales del Alma Mater colombiana, en su mayoría mujeres, fueron las encargadas de asumir la empresa de llevar a los comedores escolares la ciencia alimentaria, el valor agregado de lo nutricional y saludable, un concepto riguroso de lo gastronómico. En síntesis, eso que se llama la excelencia. En tratándose de niños, bien vale la pena tirar la casa por la ventana.

Entre las que conozco, que me respondieron pacientemente los más peregrinos interrogantes, se encuentran las doctoras Sandra Cubillos, nutricionista y docente, Directora de Interventoría; Claudia Navarrete, ingeniera de alimentos del Departamento de Nutrición; Ángela Acosta, nutricionista y dietista con una Maestría en Administración de Empresas, Subdirectora de Relaciones con la Comunidad; Marta Liliana Fúnebre, contadora y Subdirectora Financiera del Proyecto y Liliana Socadegui, Coordinadora de Comedores Escolares.

Chefs a bordo

Para inaugurar esta etapa, se hizo una ceremonia en la que los más prestigiosos chefs de Bogotá -Kendon Mac Donald, Harry Sassón y Leo Espinosa-, le dieron el visto bueno a las instalaciones culinarias y a la calidad de las verduras, frutas, bebidas, carnes, granos y postres. Estos maestros del buen sabor, además, les revelaron a las empleadas de la cocina algunos secretos del arte con el que han dejado chupándose los dedos a muy zalameros gourmets. Pero los chefs también aprendieron de ellas: como nunca han tenido en sus restaurantes que cocinar para tanta gente como la que se debe atender en los colegios, se vieron precisados a preguntarles, por ejemplo, a las señoras que desmembraban pollos, desenvainaban legumbres y descascaraban papas, etc., cuánta temperatura, qué tamaño de olla, qué cantidad de minutos y qué número de libras de pechuga se requerían para dejar en su punto un estofado para 1100 niños.

O cuántos repollos había que cortar en tiras delgadas, remolachas rebanar en rodajas, pepinos convertir en rueditas, y frascos de vinagre y aceite de oliva chorrear en proporciones justas, para despachar al medio-día 1.100 raciones de ensalada. Y algo más: con cuántas horas de anticipación debían emprenderse esas tareas con tan disímiles productos para no tener concluidos éstos cuando los muchachos ya tuvieran que irse a clases, debiendo devorárselos a las carreras, ni ponérselos en las mesas, terminados hace rato, faltos del brillo, el regusto y el vapor, que es lo que los hace provocativos y deliciosos.

Tantas precauciones pudieran parecer exageradas, y aún así eran mínimas respecto a las que vendrían luego, cuando a COMPENSAR se sumó CAFAM como proveedor de servicios e insumos. Y cuando bajo el liderazgo de la Universidad Nacional se amplió el espectro de instituciones para actividades puntuales, verbigracia Salud al Colegio, programa que se ha beneficiado con la participación de la Universidad de Harvard y el Instituto Nacional de Salud. Faltaba mucho por hacer todavía, pues la consistencia del proyecto no radicaba simplemente en garantizarle buena comida a un alumnado numeroso, sino en articular esa obligación con un concepto educativo que trascendía lo meramente didáctico, y abarcaba, por tanto, el respeto a la dignidad de los niños y jóvenes, la elevación de su autoestima, el incentivo a sus potencialidades creadoras y la conquista de su derecho a un crecimiento saludable.

Se empieza a dar la talla

No es casual entonces que el balance entre aquel mes de junio de 2006 -fecha en la que se inició el convenio con la Universidad Nacional- y el mes diciembre de 2009, arroje resultados como los siguientes tomados al vuelo, y que por supuesto son similares a los ya descritos a propósito de los niños que reciben refrigerios: los promedios de estatura de los escolares han aumentado, en comparación a las tallas de los de su misma edad antes de los programas Bogotá Una Gran Escuela 2004–2008, Bogotá sin hambre y Salud al Colegio; los escolares de los colegios distritales, según respuestas que dan, ya no tienen como expectativa en la vida ser ayudantes de bus o albañiles, sino médicos, arquitectos, periodistas, pilotos, etc.; los promedios en el ICFES de los egresados en 2008 y 2009, ya no sólo son mayores que los de quienes se graduaban antes de esos años en los mismos planteles, sino incluso que los de muchos bachilleres

de colegios privados.

Al frente de estos logros alentadores y de esta compleja tarea diseminada por toda la ciudad, se encuentran 10 nutricionistas, 5 ingenieros de alimentos y 3 microbiólogos que se distribuyen entre sí de a tres colegios.

Un almuerzo de trabajo

Tuve el privilegio, un mediodía de marzo de 2010, de ser invitado por la doctora Lilia Ramos Arias, Psicóloga y asesora de la Secretaría de Educación, y por Isidoro León Céspedes, maestro de largo kilometraje, líder del magisterio y asesor también del mismo despacho, a un almuerzo en el Colegio “Kimi Pernía”. Este par de funcionarios han sido mis guías en múltiples visitas por distintos establecimientos de los que conforman esta nueva era de Megacolegios recién edificados. También me han llevado a otros muchos reconstruidos luego de haberlos casi tumbado del todo para erigirlos otra vez, dejándolos de mayor tamaño, bien reforzados frente a sismos posibles y respetándoles su estilo original a aquellos con un pasado prestante y patrimonial.

La experiencia fue fecunda, pues llegados a la hora del almuerzo, la doctora Claudia Navarrete, Ingeniera de Alimentos del Departamento de Nutrición de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, nos hizo un tour por las instalaciones gastronómicas del plantel, entregándonos previamente, para que nos los pusiéramos, un gorro, un par de guantes, un tapabocas y una bata, prendas de asepsia para no contaminar los comestibles que nos enseñaba ni los lugares por donde nos conducía, lo que nos dio un aspecto igual al del resto de operarios que se movían laboriosamente dándole a aquel ámbito una severidad clínica.

Madre en la cocina

En la cocina, conversé con una mujer joven, María Cristina Matallana, quien mientras hundía su cucharón en una inmensa marmita humeante de presas de res y las iba sirviendo en platos individuales que tomaba de una larga hilera, me contó de cómo fue su llegada a ese holgado sitio de lustrosas mesas metálicas, paredes de azulejos pulquérrimos, y sobre todo, vapores que provocaban un apetito feroz. Para que la contrataran, según me dijo, fue preciso que tuviera hijos matriculados ahí mismo, re-

quisito que cumplía pues sus dos sardinos estudiaban en 4 y 6 grado. Pero eso no bastaba para ser admitida si acaso no era diestra en su velocidad y finura para tasajear carnes y cortar verduras. El primer examen lo reprobó, así que antes de presentarse por segunda vez entrenó bastante en su casa, hasta volverse una maestra en esos oficios.

Obvio que en esas semanas de ensayo casi se arruina de tanto comprar hortalizas y los de su casa por poco se hacen vegetarianos de ingerir al por mayor tiras de repollo, lascas de zanahoria y anillos de cebolla cabezona que se acumulaban en la mesa de esa mamá empecinada en volverse la más rápida proletaria de ensaladas de Bogotá, o por lo menos de su barrio, o aunque fuera apenas del Colegio “Kimi Pernía”. Pero valieron la pena el gasto y el esfuerzo, porque María Cristina llegó al segundo examen hecha un cuchillo en esas tareas, por lo que terminó formando parte del grupo.

Ya incorporada a las rutinas del lugar, supo algo que la satisfizo: su trabajo no consistiría sólo en lidiar con verduras, sino, rotándose con el resto de personal, en jalarle una semana a la preparación de postres, otra a la hechura de sopas, la siguiente al licuado de jugos, y así, en un carrusel de faenas que los exime a todos de repetirse a perpetuidad en su trabajo. Sin tedio la cosa.



Colegio Villa Dindalito

La doctora Navarrete, por su lado, me contó de cuando los escolares se intimidaban ante los camarones, por desconocerlos, hasta que al probarlos exclamaban: “!qué gusanos tan ricos!” y me puso al tanto de los múltiples hábitos y prejuicios que respecto a cuanto se les ofrece tienen los muchachos:

Si son de los primeros cursos –pelados de entre 7 y 11 años-, prefieren, por ejemplo, los bananos a las uvas. Pero a estas últimas les empiezan a coger el gusto cuando inician su bachillerato. El jugo les gusta más de lulo que de mora o feijoa. A casi todos, los seducen más los fríjoles que la carne. Y el aguacate que la lechuga y el tomate.

Al comienzo del programa, lo que más dejaban de sobras eran las ensaladas, pero ya los chiquitos empiezan a consumirlas.

En las mediciones de báscula –en cada colegio hay una de éstas-, el riesgo de sobrepeso es mayor en los hombres que en las mujeres.

Me habló también la doctora de lo que les averiguan a los educandos sobre las costumbres –o posibilidades- de los consumos en sus casas, y la información obtenida fue esta: El 55% de niños comen huevos. El 5% come carne. El 55% lentejas. No es por fisgoneo de su privacidad que se les consultan estos datos, sino para suplirles en el colegio los componentes nutricionales que escasean en sus hogares.

Pero no se concibe a los escolares sólo como cuerpos a los que se les debe procurar fuerza y salud, sino que se les toma en cuenta el sentido del gusto y del placer. Por eso, cuando dejan limpios los platos de lo puro rico que todo les supo, se asume esa glotonería como una prueba de aceptabilidad que implica repetirles con mayor frecuencia ese menú. Los menús son quince en total, que se rotan mensualmente y toman en cuenta las diferencias de edad de los comensales para poner el énfasis en tal tipo de valores nutritivos según si se trata de niños, y en tales otros cuando son adolescentes.

Nada se deja al azar: ni la sabrosura de los bocados, que previamente pasan por el paladar de catadores profesionales, ni una higiene escrupulosa que es corroborada sistemáticamente por profesionales en bromatología, algunos de los cuales llegan de sorpresa a las cocinas y comedores a ver si acaso alguna mosca zumba por ahí cerca a las fresas, mangos o papayas, o si algún cocinero no tiene puesto el gorro, o si una torta carece

del registro de Invima, o si los refrigeradores en los que se guardan, por separado, las carnes de cerdo, res, pescado y pollo, y los yogures, malteadas, kumis y coladas de leche, sí tienen la aguja en el punto exacto de temperatura, etc.



Colegio Fernando Mazuera

Exacerbando los cuidados, todos los días se guardan en frigoríficos muestras de todo lo consumido, por si acaso algún niño evidencia una alergia, o varios tienen una indigestión, tenerlas disponibles para que un microbiólogo analice de dónde proviene la anomalía.

Sobra decir que al ser invitado a almorzar en el “Kimi Pernía”, junto a los asesores Lilia Ramos Arias e Isidoro León Céspedes, sentí que se le hacía justicia al apetito que se nos había abierto de tanto husmear los deliciosos aromas de aquella cocina. Pero yo, al menos, tuve temor de que por ser un tragón de comidas callejeras que sufren mucho manoseo, aquella sopa y seco de manos tan aseadas pudieran hacerme daño. Pero no, salimos llenos y felices, como tres integrantes más de la vocinglería infantil que colmaba ese comedor.

CAPÍTULO SIETE

Gratuidad total

Si acaso algo faltaba –y reconociendo que el progreso siempre debe asumirse como inconcluso-, a partir del 1 de septiembre de 2010, y continuando la dinámica establecida, las familias de cerca de un millón 30 mil estudiantes no pagan un sólo peso en el momento de matricular a sus hijos en el colegio. Y para el 2011, el Distrito eliminará también los costos de útiles escolares para todos los niños de preescolar.



Adicionalmente a la gratuidad, se han programado 110 mil subsidios condicionados a la asistencia escolar, 120 mil “morrales de sueños” cada año y 17 mil subsidios y becas para educación superior.



En cuanto al programa Salud al Colegio está disponible para 50 mil estudiantes. Y el que haya muchos casos en los que a éstos el colegio les queda a leguas de donde viven, ha generado un subsidio de transporte que trae de su casa, y los devuelve luego a ella, a 48.653 escolares.

Nunca en Colombia, como está ocurriendo ahora en Bogotá, a los padres de familia se les habían reducido tanto los motivos para que sus hijos no vayan al colegio y terminen su bachillerato.

CAPÍTULO OCHO

Niños que se la pasan en las nubes

Dijo Emmanuel Kant lo siguiente: “El gran aporte que la educación le ha hecho a la sociedad, ha sido obligar a los niños a que permanezcan sentados”. Contrariando lo que el filósofo dijo probablemente en broma –aunque en tratándose de él y de su época tal vez lo dijo en serio-, los Megacolegios bogotanos han disparado una inusitada creatividad en sus matriculados, lo que obviamente ha requerido que los docentes no los confinen en forma estricta a la tradicional relación entre el pupitre y el tablero. Incitar a la imaginación reclama romper esquemas didácticos que posiblemente en las escuelas anteriores, por lo modes tas, resultaban ineludibles. En cambio, al refinarse la mirada de los escolares en instalaciones más ambiciosas y relajadas, al ofrecérseles el acceso a sofisticadas tecnologías informáticas –a través de unas dotaciones sin tacañería desde las cuales “bajan” a su antojo los saberes del mundo-, al incentivarlos para que experimenten travesuras de sonido en emisoras con todos los juguetes, al proveérseles un yantar delicioso, en síntesis, al tratarlos como consentidos con todos los derechos, su tendencia a expandir sus curiosidades no se hace esperar.



Colegio Francisco José de Caldas

No se bajen de esa nube

A esos logros, sin duda, se debe que hace poco dos grupos de estudiantes de bachillerato de los colegios distritales “La Victoria” y “Orlando Fals Borda” –de la Localidad de San Cristóbal aquél, y de la Localidad de Usme éste–, hayan obtenido el primero y el segundo puesto en el concurso internacional, organizado por la NASA, de “Observadores de Nubes”. No es una hazaña menor la cumplida por estos pichones de astrónomos que han adquirido la disciplina de ir al Planetario Distrital a discernir, tomar notas y hacer preguntas sobre los grandes misterios del cosmos, en cumplimiento de un programa al que pertenecen docenas de establecimientos educativos de todo el mundo.

En lo personal, me quedé viendo estrellas respecto al hermético significado de este concurso, pero igualmente feliz de que en mi tierra haya colegios cuyos muchachos recibieron un premio que reza: “Por sus excelentes reportes a la NASA y por estar en los ‘TOP 10 de los mejores observadores mundiales de nubes’”. Ya es mucho decir que los colegios de hoy en día no sancionen a los alumnos “por pasársela en las nubes”.



Colegio Rodrigo Arenas Betancur

CAPÍTULO NUEVE

Toga y Birrete

Dentro del nuevo concepto educativo empiezan a menudear ceremoniales que en las humildes escuelas de otrora no dejaban de parecer patéticos. Quizás por eso algunos padres de familia de entonces los reprobaran, encontrándolos suntuarios y piadosos. Y con razón: a esos techos con goteras, a esas paredes rotas, a esos pisos de tierra, les chillaban mucho ciertas solemnidades que los profesores se ingenian para festejarles a los alumnos esas fechas en las que hacían el tránsito del preescolar a la primaria y de ésta al bachillerato.

Hoy en día, en cambio, para esos agasajos, los papás no se abstienen, por ejemplo, de pagarles a sus hijos los costos del birrete y la toga. No siempre se precisa de ese gasto, porque algunos planteles disponen de esas prendas, pero cuando les toca, lo hacen gustosos porque la prestancia de los nuevos establecimientos exime de caricatura ese ritual. Así que no se miden en gastos, e incluso tiran la casa por la ventana.

Espíritu de cuerpo

En tiempos de la vieja escuela, el alumnado de todos los establecimientos distritales tenían un solo uniforme distintivo: la falda a cuadros, la blusa y las medias blancas y las zapatillas negras para las peladas, y el bluyín y el suéter azul, la camisa blanca y los zapatos negros para los varones. Sin embargo, ya inaugurados los Megacolegios, en todos ellos se fue alzando un vocerío –de los muchachos principalmente aunque en el mismo participaron también los maestros-, reclamando uniforme propio para cada colegio.

Una primera lectura de esa fiebre pudiera sugerir que se perdió la certeza de pertenencia a lo “colectivo”, a lo “distrital”, a lo “capitalino oficial”. No lo creo. Prefiero más bien atribuir el hecho al surgimiento de un interés espontáneo por diferenciarse frente al resto, en vista de que en cada colegio, a su vez, se respetaron, desde la elaboración misma de los

planos por los arquitectos, las singularidades urbanísticas y topográficas de cada localidad. Eludido el gregarismo arquitectónico, cada edificio adquirió un aspecto y una identidad irrepetibles, que inspiró en quienes lo ocupan y “viven” a diario formas de representación simbólica únicas. La expresión bíblica “odres nuevos para vinos nuevos”, interpreta con elocuencia el fenómeno que nos ocupa.

Lo cierto es que el diseño de los nuevos uniformes –tanto los formales para concurrir a las aulas, como los deportivos para la gimnasia-, corrió por cuenta de los estudiantes, a los que se convocó a concurso. Y qué idoneidad y abundancia la de las propuestas que se presentaron, que no parecían elaboradas por alumnos de primaria y de bachillerato, sino por personal de academias de corte y confección, pues los dibujos de las prendas resultaron lo más de minuciosos en su estilo y con una muy sustentada literatura sobre el por qué de tales texturas en las telas, o acerca del significado de aquellos o estos colores, etc.. Y, por último, un detalle que, contrariando el tipo de indumentaria de combate que supuestamente gusta más a los escolares –por aquello de que en los recreos se revuelcan y acaban ropa sin misericordia-, en la mayoría de las propuestas se incluyó una pieza inesperada para lucirla a diario en sus colegios: la corbata. No se me ocurre nada distinto a suponer que eso se debió a que cada día que pasan en ellos lo consideran una ocasión excepcional, justamente lo que he deseado demostrar desde el inicio de este texto.



CAPÍTULO DIEZ

Sinopsis biográfica de los personajes en que se inspiran los nombres de los nuevos colegios distritales

Kimi Pernía Domicó

Líder de la Comunidad Embera, que fue asesinado el 2 de junio de 2001 por orden de Carlos Castaño, según lo admitió el propio cabecilla paramilitar en una entrevista con el periodista y filósofo francés Bernard Henry Levy en 2001. Motivo del crimen: la oposición del indígena a la represa de Urrá, sustentada en razones de preservación ambiental.

Ofelia Uribe de Acosta

(Nació en Oiba, Santander, en 1900. Murió en Bogotá en 1988). Política colombiana. En El Socorro, estudió primaria en la escuela pública y luego Magisterio en la Normal de San Gil. Debido a su origen liberal, le fue difícil conseguir empleo. Fue maestra de primaria durante un año en Simacota. Con el apoyo de su madre, logró abrir allí un colegio, pero por falta de recursos tuvo que cerrarlo.

Su esposo fue el abogado Guillermo Acosta, del cual sería también su ayudante en el desempeño de su labor como juez de San Gil (Santander). Esta oportunidad la aprovechó para mejorar sus conocimientos de Derecho, lo que le permitió que el Colegio Boyacá iniciara la sección femenina. Ofelia utilizó algunos recursos, como la radio, para transmitir sus ideas a través de su programa “La hora feminista”.

Diego Montaña Cuéllar

(Nació en Bogotá, en 1910. Murió en la misma ciudad, en 1991). En 1934, durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, Montaña Cuéllar fue elegido concejal de Bogotá. El presidente López intercedió para que fuera nombrado por el alcalde Julio Pardo Dávila como secre-

tario de Gobierno de Bogotá, y en un viaje que el titular hizo a Lima, fue encargado de la alcaldía. Montaña emprendió entonces una renovación del gabinete municipal con gente joven de tendencias izquierdistas.

En 1936 Montaña Cuéllar fue elegido representante a la Cámara, como suplente de Jorge Eliécer Gaitán. Tuvo una intensa actividad en la Comisión de Acción Sindical de la Casa Liberal, y un tiempo después fue nombrado secretario de la Legación de Colombia en Chile y cónsul general en Santiago. A su regreso a Colombia, en la década del cuarenta, Montaña Cuéllar ingresó al Partido Socialista Democrático, decisión que le causó más de una crítica por parte del partido liberal y de su familia. En el seno de su nuevo movimiento político, tuvo serias contradicciones con la dirigencia por la posición despectiva y sectaria que tenían frente a Jorge Eliécer Gaitán, su antiguo jefe en el liberalismo; a juicio de Montaña, tanto en Gaitán como en la Unión Izquierdista (UNIR), el partido fundado por Gaitán, había un fermento revolucionario contra las oligarquías.

Eduardo Umaña Mendoza

(Nació en Bogotá el 22 de noviembre de 1946. Fue asesinado en Bogotá, el 18 de abril de 1998, por grupos paramilitares)

Fue un abogado, intelectual, maestro, humanista y defensor de los Derechos humanos. Hijo del abogado y sociólogo Eduardo Umaña Luna y de Graciela Mendoza. Eduardo Umaña Mendoza realizó una intensa actividad de sensibilización y denuncia sobre la situación de violación sistemática a los derechos humanos en Colombia.

Uno de sus logros más importantes fue la defensa de las víctimas del genocidio de la Unión Patriótica. Fue un aguerrido defensor de los sindicatos que se resistieron al proceso de entrega a las multinacionales, de ECOPETROL, TELECOM Y ETB.

Paulo Freire

(Brasil, 19 de septiembre de 1921 – 2 de mayo de 1997). Educador e influyente teórico de la educación. Hijo de una familia de clase media, Freire conoció la pobreza y el hambre durante la Gran Depresión de 1929

experiencia que formaría sus preocupaciones por los pobres y que le ayudaría a construir una perspectiva educativa libertaria.

En 1946 Freire fue nombrado Director del Departamento de Educación y Cultura de Pernambuco. Trabajando principalmente entre los pobres que no sabían leer ni escribir, Freire empezó a adoptar un método no ortodoxo de lo que puede ser considerado una variación de la teología de la liberación. Fue encarcelado en 1964 como “traidor”, durante 70 días, por la dictadura militar brasileña. En 1967 publicó su primer libro, *Educación como práctica de la libertad*. El libro fue bien recibido, y se le ofreció el puesto de profesor visitante en la Universidad de Harvard en 1969. Escribió también su famoso libro *La pedagogía del oprimido*, que fue publicado en inglés y en español en 1970.

Gabriel García Márquez

(Nace el 6 de marzo de 1927, en Aracataca). Es considerado uno de los autores más significativos del siglo XX. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1982, “por sus novelas e historias cortas, en las que lo fantástico y lo real son combinados en un tranquilo mundo de imaginación rica, reflejando la vida y los conflictos de un continente”. Su novela más reconocida internacionalmente es *Cien años de Soledad*.

Orlando Fals Borda

(Nació en Barranquilla el 11 de julio de 1925 y falleció en Bogotá el 12 de agosto de 2008).

Fue Investigador y sociólogo. Fundador de la primera Carrera de Sociología de América Latina, en la Universidad Nacional, junto al sacerdote revolucionario Camilo Torres Restrepo.

A lo largo de su vida promovió diversas iniciativas políticas de izquierda, como el Frente Unido, con Camilo Torres, y en los años finales de su vida, el Polo Democrático Alternativo.

Fue cofundador de la importante revista *Alternativa*, en los años 70 y 80, al lado de figuras como Gabriel García Márquez, Antonio Caballero y Enrique Santos Calderón.

Fernando González

(Nació en Envigado el 24 de abril de 1895 y murió en la misma ciudad el 16 de febrero de 1964). Fue un escritor, filósofo, político y abogado, conocido también como el El Filósofo de Otraparte. En su obra prolífica hizo uso de un original estilo, muy sarcástico, que lo llevó a elaborar tratados de sociología, historia, arte, moral, teología y economía.

La obra de González fue decisiva en el nacimiento del movimiento Nadaista, fundado por uno de sus discípulos, el escritor antioqueño Gonzalo Arango. Jean Paul Sartre y Thornton Wilder, llevaron su admiración por él a candidatizarlo al Premio Nobel de Literatura en 1955.

Leonardo Posada Pedraza

Nació en Bogotá el 19 de octubre de 1947. El 30 de agosto de 1986 fue asesinado en Barrancabermeja por escuadrones de la muerte del paramilitarismo de Estado que inició con él el exterminio de la UP. Egresado de la Universidad Nacional de Colombia, desde muy joven se vinculó a la política, militando en la Juventud Comunista como dirigente estudiantil. Posteriormente se trasladó a Barrancabermeja, donde fue concejal y un destacado líder social. Fue parlamentario de la Unión Patriótica (UP).

Carlos Pizarro Leongómez

Nace en Cartagena, el 6 de junio de 1951. Es asesinado en Bogotá, el 26 de abril de 1990 cuando era candidato presidencial por la Alianza Democrática M-19. Estudió derecho, fue dirigente estudiantil en los años setentas, y formó parte del grupo fundador del M-19.

Orlando Higuita Rojas

“Fue un obrero cien por ciento obrero... con una mirada crítica, frontal y una persona de amplia generosidad”, afirmó de él el alcalde Luis Eduardo Garzón, en su discurso de entrega de la nueva institución educativa a la comunidad de estratos uno y dos del barrio Holanda-La Libertad en la zona de Bosa. Le entregó todas sus fuerzas al movimiento Unión Patriótica en la que militó con entusiasmo hasta que fue asesinado por los paramilitares el 7 de junio de 1989 en Barrancabermeja.

Alfonso Reyes Echandía

(Nació el 14 de julio de 1932 en Chaparral Tolima. Murió el 7 de noviembre de 1985, en el Holocausto del palacio de Justicia, cuando se desempeñaba como presidente de la Corte Suprema de Justicia. Como tratadista de Derecho, logró imponer la tesis de que los civiles, aun en estado de sitio, no podían ser juzgados por los militares. En 2006, una Comisión de la Verdad reveló que “los doctores Alfonso Reyes Echandía, Ricardo Medina Moyano y José Eduardo Gnecco Correa mostraron en sus restos mortales proyectiles de armas que no usó la guerrilla”.

Alfonso López Michelsen

Bogotá, 30 de junio de 1913– 11 de julio de 2007. Abogado y presidente de Colombia entre 1974-1978. Hijo de Alfonso López Pumarejo, dos veces presidente de Colombia. Exiliado con su familia en México, durante la hegemonía conservadora, López Michelsen se dedica a la literatura a través la novela y el ensayo político y jurídico.

José Francisco Socarrás

Nace en Valledupar en 1906, y fallece en Bogotá en 1995, en un accidente de tránsito. Fue médico siquiatra, profesor universitario y defensor de las causas políticas populares.

Débora Arango

Nació en Medellín el 11 de noviembre de 1907 y murió en Envigado el 4 de diciembre de 2005. Estudió artes plásticas en Medellín, México y Londres. Participó varias veces en el Salón Nacional de Artistas de Colombia, suscitando numerosas controversias por ser la primera mujer en su país que pintó desnudos en su época, además de retratar importantes políticos como animales, lo que le valió la censura de algunas personalidades, entre ellas la del general Francisco Franco quien cerró una exposición suya en Madrid, en 1955. Algunas de sus pinturas más reconocidas son: “Las monjas y el cardenal”, “El almuerzo de los pobres”, “El Cristo”, “Huída del convento”, “La monja intelectual”.

Su obra es clasificada como expresión que busca reflejar: lo político, lo social, lo religioso, la mujer, la lúdica, según se consigna en el documento Débora Arango, patrimonio vivo, patrimonio artístico, publicado por el MAM de Medellín.

Germán Arciniegas

Bogotá, 6 de diciembre de 1900–30 de noviembre de 1999. Ensayista, historiador, diplomático y político. Su obra más destacada: “Los estudiantes de la mesa redonda

Kimi Pernia Domico

Es uno de los líderes tradicionales más valiosos y apreciados, no solo por el pueblo Embera Katio sino por los pueblos indígenas del Pacífico y de Colombia. Es la persona que ha encabezado las movilizaciones de las comunidades indígenas del Alto Sinú, por defender los derechos al territorio y a la cultura, derechos que comenzaron a ser vulnerados con la construcción de la represa de Urrá. Secuestrado en el 2001 en Tierralta Córdoba.

Gabriel Betancur Mejía

Nació en Bogotá el 27 de abril de 1918. Murió en Bogotá en el año de 2005.

Ministro de Educación y diplomático, es considerado como uno de los grandes ideólogos y administradores de la educación colombiana en la segunda mitad del siglo XX; así mismo, uno de los más dinámicos impulsores de la integración a través de la Comunidad Latinoamericana de Naciones.

Gustavo Rojas Pinilla

Nació en Tunja el 12 de marzo de 1900 y murió en Melgar el 17 de enero de 1975. Fue un militar, ingeniero y político, quien ocupó de facto la presidencia de la república el 13 de junio de 1953. Fue derrocado por un movimiento cívico el 10 de mayo de 1957. Su mandato se caracterizó por la realización de grandes obras de infraestructura, el inicio del proceso de despolitización de la Policía y la traída del servicio de la televisión al

país, en 1954. Puso término a la primera etapa de la época conocida como La Violencia, acordando una tregua y la posterior desmovilización de las guerrillas liberales.

Carlo Federici

Nació en Ventimiglia, Italia, 21 de julio de 1906 y murió en Bogotá, Colombia, el 22 de enero de 2005. Llegó a Bogotá el 8 de abril de 1948, en plena víspera de uno de los días más cruentos que ha sufrido el país: el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Fue testigo, pues, del “Bogotazo”, pues se alojaba en el Hotel San Francisco en la Avenida Jiménez con carrera cuarta. Hizo parte de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional, con un contrato por dos años para enseñar y continuar en nuestro país con los desarrollos en lógica matemática que venía realizando en Italia. Sin desmayar ante la violencia y el desorden que reinaban en Colombia, el profesor Federici sintió que Colombia sería su nuevo hogar.

Gerardo Molina

Nació el 6 de agosto de 1906 y murió el 29 de marzo de 1991. Fue un intelectual, escritor y político colombiano de avanzada. Columnista del diario *EL ESPECTADOR*, rector de la Universidad Nacional de Colombia, candidato a la Presidencia de la República (1982), miembro del Comité para la Defensa de los Derechos Humanos durante la administración de Belisario Betancur. Participó además en la reforma constitucional de 1936, que modificó la constitución de 1886.

Gonzalo Arango

Andes, Antioquia 1931–Tunja, 1976. Fue un escritor y poeta, fundador del movimiento Nadaísta en 1958. El Nadaísmo fue una vanguardia literaria de repercusión nacional, que intentó romper con la Academia de la Lengua, la literatura y la moral tradicionales, buscando un léxico renovado, y utilizando el humor y el mundo urbano para situar la obra literaria y la crítica a la sociedad.

Delia Zapata Olivella

Murió en 2001. Fue bailarina, folklorista, profesora y difusora de las danzas del Caribe y el Pacífico colombiano y profesora de las Universidades Nacional y Central. Murió, luego de contraer una enfermedad en África donde se encontraba buscando las raíces del folklore Colombiano.

Virginia Gutiérrez de Pineda

Nació en Socorro, Santander. Murió en Bogotá en 1995. Estudió en el Instituto Pedagógico Nacional e ingresó en la Escuela Normal Superior (1940-1944), institución decisiva en su formación, donde estudió ciencias sociales y etnología. Pionera en los trabajos sobre la familia en Colombia y de antropología médica, sus invaluosables aportes han sido reconocidos ampliamente por el mundo intelectual. Sus treinta años de cátedra universitaria la convirtieron en un paradigma del liderazgo intelectual de las mujeres colombianas.

Nicolás Buenaventura

Nació en Cali el 25 de noviembre de 1918. Murió en Bogotá el año 2008. Investigador en ciencias sociales, activista político de izquierda, hombre imaginativo, y de un agudo sentido del humor, cumplió una vasta tarea pedagógica entre intelectuales, artistas y maestros. Su singular perspectiva lo convirtió en un disidente del Partido Comunista, organización de la que terminó desvinculándose. Narrador oral insuperable, alrededor suyo se juntaban los creadores de todas las artes para disfrutar la gracia de sus anécdotas y su labia llena de provocadores puntos de vista. Su obra escrita fue igualmente fecunda.

María Cano

Medellín, 1887–abril 26 de 1967. Se la llamó La Flor del Trabajo, y fue la primera mujer líder política del siglo XX en Colombia. Dirigió la lucha por los derechos civiles fundamentales de la población y por los derechos de los trabajadores asalariados; encabezó la convocatoria y agitación de las huelgas obreras, colaboró en la difusión de las ideas socialistas y participó en forma decisiva en la fundación del Partido Socialista Revolucionario.

María Mercedes Carranza

Bogotá, 24 de mayo de 1945– 11 de julio de 2003. Periodista y poeta de estilo coloquial. En su infancia vivió varios años en Madrid, donde su padre, el poeta Eduardo Carranza, era agregado cultural de la Embajada colombiana. Estudió Filosofía y Letras en las universidades de Los Andes y de Madrid. Como periodista trabajó en los periódicos EL SIGLO y EL PUEBLO, dirigiendo las páginas literarias Vanguardia y Estravagario, respectivamente. Fue jefe de redacción de NUEVA FRONTERA. Desde 1986 dirigió la Casa de Poesía Silva en Bogotá. Fue elegida miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.

Antonio García

Nació en Villapinzón, Cundinamarca, el 16 de abril de 1912 – Murió el 26 de abril de 1982. Economista, historiador, escritor y político socialista. Se graduó en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad del Cauca, en Popayán, en 1937. Aún como estudiante desde 1932, y luego como profesor de la universidad, se dedicó a la organización y actividades de los consejos y ligas de indios entre los Paeces, Guambianos y otros pueblos indígenas del Cauca, utilizando el teatro experimental como método de conciencia para la comprensión de los propios problemas. Se hizo conocido en la ciudad por sus poemas y las polémicas intelectuales con el poeta Guillermo Valencia. Se desempeñó luego como profesor de la Universidad Nacional de Colombia, en la cual fundó en 1943 el Instituto de Economía que después se convertiría en la Facultad de Economía.

José María Vargas Vila

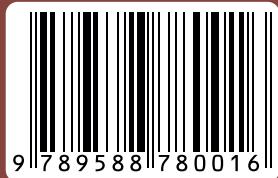
Nació en Bogotá el 23 de julio de 1860, y murió en Barcelona, España, el 25 de mayo de 1933. Es uno de los personajes más polémicos de principios del siglo XX en América. Vargas Vila se caracterizó por sus ideales radicales y la consecuente crítica contra el clero, las ideas conservadoras y la política imperialista de los EEUU. Sus novelas suscitaban escándalos de carácter moral entre los retardatarios y eran de un éxito multitudinario entre los lectores, que las leían al escondido.

José Celestino Mutis

Nació en Cádiz, 1732 - Santafé de Bogotá, 1808. Médico y botánico español que figura entre los más destacados iniciadores del conocimiento científico en el Nuevo Mundo. A él se debe la Expedición Botánica, en la que colaboró un talentoso neogranadino, el sabio Francisco José de Caldas. José Celestino Mutis estudió medicina y cirugía en el Colegio de Cirugía de su ciudad natal, que fue un centro de renovación médica a la vanguardia de la ciencia aplicada en España.

Fanny Mikey

Nació en Buenos Aires en 1930, murió en Cali el 16 de agosto de 2008. Fue una actriz y directora de teatro colombo–argentina, que se inició en el TEC de Cali, bajo la dirección de Enrique Buenaventura. Posteriormente, en Bogotá, se convirtió en una gran empresaria teatral, fundando el Teatro Nacional, de carácter comercial. Su gran obra fue ser la creadora del Festival Iberoamericano de Teatro, uno de los más destacados eventos teatrales de todo el mundo.



Escuelas no: ¡Colegios!

El libro Escuelas no: ¡Colegios!, escrito por la fina pluma del maestro Lisandro Duque, es de un valor singular. El texto, que surge del interés de comprender el impacto a corto, mediano y largo plazo de una de las intervenciones más complejas y de más alta inversión en Bogotá, muestra un semblante de la transformación del espacio público y de la garantía del derecho a la educación para varias generaciones. Evidencia que la ciudad avanza, configurando hitos urbanos y sociales, reconocidos por la sociología urbana, la antropología cultural y ahora por la administración pública y la ciudadanía en general. Queda demostrado que el mobiliario urbano además de transformar el entorno, también modifica la manera de habitar la ciudad, de apropiarse de ella, de ejercer la ciudadanía y vivir los derechos, de valorar y disfrutar los bienes y servicios públicos, sin que medie otra condición que la de ser hombres, mujeres, niños y niñas de la ciudad, del país, del mundo.

Para el IDEP publicar esta crónica, en la que se recoge los sentimientos de los estudiantes, las comunidades, los profesores que ven garantizado el derecho a la educación y el disfrute de una infraestructura moderna y segura, es contribuir para que los sucesivos gobiernos continúen avanzando con los programas y proyectos que permitan la transformación del entorno material y el mejoramiento de la calidad de vida de los niños, niñas y jóvenes y de sus familias.

IDEP

